PADRE SANTO... HIJOS NO TANTO

La familia del rey David

Carlos Tadeo Grzybowski[1]
Dagmar Fuchs de Grzybowski

Dedicatoria

A mis primeros nietos, Clarice y Matías, señales de renovación de la vida en el seno de nuestra familia y que nacieron junto a la idea de elaborar de este libro.

Índice

Presentación
1. Sonidos de antigüedad
2. Los componentes de la orquesta
3. Trío desafinado
4. El maestro sordo
5. Tocando fuera de compás
6. Siguiendo la partitura
7. Réquiem
8. Composición desastrosa

(Circulación restringida)

---

[1] El Dr. Carlos (Catito) Grybowski es psicólogo y terapeuta familiar. Es el Coordinador de EIRENE do Brasil (http://www.eirene.com.br/). Vive con su esposa, Dagmar, también psicóloga, en la ciudad de Curitiba. Esta es una traducción del portugués de su libro Pais Santos Filhos nem tanto, a trajetoria de um pai segundo o coraçao de Deus, Viçosa, MG: Editora Ultimato, 2012. Traducción hecha por Jorge E. Maldonado.

Presentación

La tarea de criar hijos y educarlos es, al mismo tiempo, fascinante y aterrorizante. La fascinación viene del hecho de observar, día tras día, el desarrollo de los pequeños, en transformación constante, que hará de ellos adultos llenos de habilidades y capacidades. Es también aterrorizante, ya que muchas veces nos sentimos torpes ante el desafío y actuamos por ensayo--error, buscando adaptar las voces externas e internas a las demandas específicas de ellos.

Siempre me resistí a dar conferencias o escribir sobre la educación de los hijos. Primero, porque soy padre y, como todo padre, cometí errores y tuve aciertos en el curso de cuidar y educar a mis hijos. Por otra parte, temí siempre que, buscando enseñar a otros, yo mismo fuera descalificado, principalmente si mis hijos se distanciaran de los valores del evangelio. Hoy mis dos hijos están casados, son independientes y, por la gracia de Dios, sobretodo, siguen la vida cristiana, integrados en una comunidad de la fe confesando los valores del evangelio como principios de vida. Esto se debe, en gran parte, a la oración, y no a algún mérito o capacidad personal que tengamos. Cuando todavía éramos novios, mi esposa y yo nos hicimos el propósito de orar juntos todos los días. En nuestras oraciones, nunca dejamos de incluir a nuestros hijos.

Mi esposa es una excelente violoncelista y también profesora de este instrumento. Como ella admiró siempre la música erudita, desde la época de nuestro noviazgo aprendí a apreciar ese estilo musical. Tuve la oportunidad de asistir a conciertos con excelentes músicos que ejecutaban hermosas obras. Sin embargo, si uno de ellos desentonaba en sólo un compás, terminaba por descalificar toda la pieza. Como padres, también debemos estar atentos a seguir la “partitura divina”, para no desviar nuestra mirada de ella y ser igualmente descalificados.

Este libro no es un manual sobre la educación de los hijos. Más bien, analiza, a partir de la descripción de una familia verdadera, algunos elementos que debemos considerar en la tarea parental, específicamente en la tarea del padre en el proceso de criar y orientar a los hijos. Tampoco es un libro teológico, con una exégesis didáctica del texto bíblico. Trata de la manera en que dos terapeutas (mi esposa y yo), con una experiencia de treinta años de atender a parejas y familias, ven un texto bíblico que describe a una familia y sus dinámicas internas. A partir del texto, dialogamos con algunas presuposiciones de la terapia familiar sistémica, el abordaje que adoptamos en nuestra práctica profesional.

La familia escogida para el análisis es la del rey David. Nos detenemos en los episodios de 2 Samuel 13-18, que narran el incesto de Amón, el fratricidio de Absalón, su rebelión contra el padre y, finalmente, su muerte como resultado de la rebelión.

Aunque David es llamado en la Biblia "un hombre conforme al corazón de Dios", la narrativa bíblica muestra que eso no fue suficiente para garantizar el éxito como padre de familia. Analizaremos, en las páginas que siguen, la razón de esto, aventurándonos a zambullirnos en las referencias bíblicas que describen la constitución de esta familia, así como en las relaciones de parentesco y en los factores que intervinieron para terminar en desastre.

El modelo de David nos alerta de lo que podemos evitar como padres, principalmente para quienes también ocupan papeles de liderazgo en grupos, comunidades e iglesias. No es, ciertamente, sin razón que este embrollo familiar esté registrado en el canon bíblico. Dios desea enseñarnos algo con esta historia y nos toca estar atentos, con oídos y corazón abiertos, para aprender humildemente de los errores de David. "El que tiene oídos oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias" (Apo. 2:7).

Curitiba, Brasil,
Primavera del 2011.

1
Sonidos de antigüedad

La Biblia cuenta la historia de muchas familias. El Antiguo Testamento comienza con el relato de la primera familia, la de Adán y Eva, y pasa a contar las de Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Noemí, David, Job, entre otras. En el Nuevo Testamento, tenemos las familias que convivieron con Jesús como la de Marta, María y Lázaro, y las que ayudaron a los apóstolos en la divulgación del evangelio en el primer siglo, como las de Lidia, Aquila y Priscila, y tantas otras citadas en las cartas paulinas.

Algunas familias fueron exitosas, otras no. Sin embargo, independientemente del éxito o del fracaso de ellas, Dios no dejó de actuar en ellas, lo que nos anima, pues podemos confiar en que Él quiere actuar también en nuestras familias. Le invito a que analice conmigo la dinámica de la familia de David. Desarrollo este análisis a partir del enfoque sistémico y, especialmente, de la terapia familiar sistémica.

El enfoque sistémico surge como nuevo modelo de pensamiento científico y una nueva manera de percibir el mundo y sus relaciones. Se trata de un paradigma que represente una ruptura con las formas anteriores de hacer ciencia. Aparece en contraposición al acercamiento cartesiano, del filósofo René Descartes, que consideraba el método analítico como la forma de llegar el conocimiento, y la relación de causalidad lineal como la tentativa de comprender la realidad.

El método analítico separaba la realidad en partes cada vez menores y afirmaba que al llegar el conocimiento de la parte más pequeña, se comprendería el todo. La relación de causa lineal consideraba que para cada efecto existe una causa --generalmente sólo una-- y al descubrir la causa, se puede controlar el efecto. El pastor y terapeuta de parejas, Jorge Maldonado afirma:

> El enfoque sistémico da la familia dice *no* al reduccionismo. Se resiste a percibir al ser humano como una máquina, o como un estómago, o como una función económica, o como un alma desencarnada. Es parte de una búsqueda universal de interpretaciones más amplias de la realidad.[1]

Desde esta perspectiva, la familia es vista como un sistema. Más que un añadido de personas, la familia es considerada un espacio en donde, a partir de las relaciones desarrolladas entre los miembros, se forjan las condiciones para la salud o la enfermedad del hogar. El enfoque sistémico percibe al ser humano como parte integrante del medio ambiente y se resiste a trabajar de forma intrapsíquica. Insiste en la dimensión relacional. En otras palabras, el modelo sistémico entiende que la conducta humanas es el resultado de algunos factores interconectados en una especie del red o tela. Al tocar una parte de la

tela, el movimiento se transmite por todas las conexiones y afecta a todos sus elementos, siendo la familia uno de los componentes más relevantes del tejido relacional

En efecto, una de las mejores formas de comprender las dimensiones de las relaciones en la familia, incluida la espiritualidad, es por medio de la teoría de sistemas.[2] De acuerdo con Edwin Friedman,

> el modelo sistémico de la familia no sólo es capaz de potencializar los aspectos de nuestra posición sanadora, sino que también lo hace sin violentar la metáfora religiosa […]. De hecho, el modelo sistémico de la familia coloca el asesoramiento pastoral al servicio de la espiritualidad.[3]

El modelo sistémico propone una comprensión de la familia en permanente movimiento relacional y circular, que podría compararse con una pieza musical ejecutada por una orquesta sinfónica. En la pieza, las diversas notas se mezclan para construir un acorde armonioso. Le invito a que "escuche" los elementos de la sinfonía de la familia del rey David. Se trata de uno de los personajes con más éxito en la historia de los hebreos. Fue el rey que consiguió establecer definitivamente el Estado de Israel por medio de grandes estrategias militares y victorias sobre los pueblos que habitaban en la tierra prometida por Dios a Abraham y a su descendencia.

David era un joven de pequeña estatura, de hermoso aspecto, rubio, el hijo menor de una familia de siete hermanos (1 Sm. 16:10-12). Cuidaba de las ovejas de su padre, Isaí (1 Sm. 17:15) -- un trabajo no muy valorado por el padre y sus hermanos. Tenía habilidades musicales (1 Sm. 16:18), era audaz, valiente y algunas veces hasta temerario (1 Sm. 17:34-35). Sin embargo, era obediente en la ejecución de las tareas que le eran encomendadas (1 Sm. 17:17-20). Además, David era un joven un poco arrogante y ambicioso (1 Sm. 17:27-30).

Cierto día, fue llamado para volver rápidamente a casa, pues el profeta Samuel estaba allí y quería verle. El profeta vino en forma secreta a la casa de Isaí, por dirección de Dios, con el objetivo de ungir un rey para Israel, ya que Dios no estaba contento con Saúl y su autosuficiencia.

Cuando David entra en la casa, Samuel le mira y, movido por el Espíritu del Señor, le unge delante del pueblo de Israel como el sucesor de Saúl (1 Sm. 16:13).

Probablemente, en ese momento, ni David ni Isaí, ni sus hermanos se dieron cuenta de la dimensión de ese acto. Sin embargo, la historia nos muestra que, paso a paso, David se aproximaba al objetivo para el cual Dios le había elegido. Primero, reside durante un tiempo en el palacio y, como músico, calma las agitaciones del rey Saúl (1 Sm. 16:18).

Más adelante, entra en batalla contra los filisteos y derrota al gran guerrero Goliat, adquiriendo el derecho de vivir permanentemente en el palacio, de tener una exención vitalicia de impuestos y casarse con una de las hijas del rey (1 Sm. 17:25). De ahora en adelante, David se convierte en uno de los generales de Saúl y comienza a demostrar las capacidades guerreras que poseía, lo que acabó trayéndole problemas (1 Sm. 18:5-9).

Esta capacidad guerrera se volvió en contra del joven, porque despertó celos en el rey Saúl, que empezó a perseguirlo con deseos de quitarle la vida. La virtud de la obediencia de David se manifiesta en las veces que tuvo la oportunidad de tomar el reino por la fuerza, matando a Saúl, pero no lo hizo. Antes, se afirmó en su propósito de mantener una relación de amistad con Jonatán (1 Sm. 20:17). La persecución acabó cuando mueren Saúl y Jonatán en una batalla, y el pueblo consagra a David como rey (1 Sm. 31:6; 2 Sm. 2:4).

David, como cualquier ser humano, poseyó cualidades (lealtad, obediencia, valor) y defectos (petulancia, ambición); tuvo talentos (músico, estratega militar); y, sobretodo, fue un hombre a que buscó intensamente a Dios y anheló hacer la voluntad divina. En Hechos 13:36 es presentado como alguien que sirvió "al propósito de Dios en su generación". Sin embargo, esto no le exoneró de tener otras dificultades, especialmente en el ámbito familiar.

Quizás usted se hace las mismas preguntas que yo me hago, como: ¿Por qué un hombre con tanta intimidad con Dios tiene una familia tan desajustada? ¿O qué llevó a uno de sus hijos a violar a su propia hermana? ¿Será que no recibió una educación adecuada de parte del padre? Y ¿Qué hizo que otro de sus hijos, Absalón, matara a su propio hermano, Amón, y todavía más, que se rebelara con tamaña violencia contra el padre para matarle también? Podríamos atribuir tales acontecimientos a la acción satánica que buscaba separar a David de Dios (aunque en ningún momento la Biblia menciona esto) o pensar que había algo en la dinámica familiar que propició el desencadenamiento de estos acontecimientos.

Finalmente, como es el propósito de Dios con las narrativas bíblicas, podemos procurar encontrar las lecciones de esa disonancia familiar para nuestra enseñanza, sobre todo para quienes ocupan puestos de liderazgo en el pueblo de Dios. Es necesario mirar el modelo familiar de David y, a partir de él, arrojar luz sobre nuestras estructuras y dinámicas familiares, a fin de no repetir los mismos errores que llevaron a la familia de este rey al desastre y generaron completa disonancia en todo el reino de Israel.

2
Los componentes de la orquesta

Jorge Maldonado observa que la familia "es de hecho la institución a la que debemos nuestra humanidad. No conocemos otra manera de formar seres humanos [...] capaces de actuar como hombres y mujeres, que a su vez formen familias que críen hijos, si no es a través de la familia".[1]

Nuestra familia de origen es responsable de transmitirnos, durante nuestra crianza, varios siglos de cultura. Muchas veces no nos damos a cuenta que un simple fósforo que encendemos representa un proceso de intenso aprendizaje de nuestros antepasados. Además, la familia es responsable del cuidado de los hijos, ya que el humano es el más lento de todos los animales en el proceso de madurar. Animales como los caballos y los perros, entre otros, logran su independencia en pocos meses. Consiguen, incluso, enfrentar las adversidades que la naturaleza les impone y sobrevivir en un medio hostil. El humano, por el contrario, necesita un tiempo largo de cuidado –más de dos décadas—para alcanzar la madurez y la autonomía que le califiquen para hacer frente a la vida. Durante ese tiempo, necesita ser cuidado y equipado para sobrevivir en medios adversos. Tal cuidado ocurre en un contexto que denominamos familia, independientemente de la estructura que ella adquiera.

Así, la familia de origen es aquélla que proporciona cuidado y nos transmite los conceptos y valores que internalizamos a lo largo de la vida. Recibimos, ciertamente, la influencia de amigos, de la religión, entre otras; no obstante la más fuerte de todas es la de la familia de origen. Entiendo por familia el conjunto de personas que se dedican a la tarea de hacernos aptos para enfrentar la vida. Así, la paternidad y la maternidad no tienen, necesariamente, una relación de consanguinidad. No participo del concepto legal de padre y madre biológicos. La paternidad o la maternidad es el proceso de acompañar a una persona a través de los años, que le habilita para hacer frente a la vida, y ese proceso poco tiene que ver con los genes. Según Gregory Bateson, "ningún comportamiento, ninguna autonomía y ningún aprendizaje está en los propios cromosomas",[2] por lo tanto, padre y madre son los que crían, no los que engendran.

Nuestro hijos potencializan nuestras virtudes, pero, desgraciadamente potencializan también nuestros defectos. Por lo tanto, antes de pelearnos con ellos a causa de sus conductas que desaprobamos, debemos mirarnos a nosotros mismos y preguntarnos si ellos no están revelando, de forma exponencial, una debilidad nuestra.

Durante los años de maduración, aprendemos a percibir el mundo con los "ojos" de quienes cuidan de nosotros. Es por medio de la familia que distinguimos la correcto de lo

incorrecto, y adquirimos hábitos que llevamos a la vida adulta -- desde el lugar en donde dejamos los zapatos al llegar a casa, hasta la manera en que lidiamos con las preguntas sobre el sentido de la vida.

David fue el bisnieto de un varón judío y de una mujer moabita (Rut 4:21-22). Rut, por ser moabita, trajo probablemente algunas costumbres y valores que había recibido de su familia de origen y se los pasó a su hijo (Obed) y a su nieto (Isaí). Saber algunas de esas costumbres puede haberle servido a David tanto para conseguir refugio en Moab, cuando huía de Saúl (1 Sm. 22:3-4), como para elaborar sus estrategias militares que le llevaron a consolidar el reino de Israel (1 Sm. 8:2).

La familia de los bisabuelos de David eran agricultores. La Biblia no nos informa de la actividad de Obed, abuelo de David, mas sabemos que Isaí, su padre, era un ganadero pobre, en una pequeña aldea. En sólo dos generaciones, la familia no sólo se mudó de una actividad de subsistencia sino que también, como parece, perdió propiedades lo cual le forzó a buscar otras formas de sustento.

David fue el hijo menor de una familia de ocho varones (1 Sm.16:10-12). Las mujeres generalmente no eran incluidas en los censos. Sin embargo, en 1 Crónicas 2:16, se menciona a por lo menos dos de sus hermanas: Sarvia, madre de Joab, el general de los ejércitos de David; y Abigail, madre de Amasa, el general de los ejércitos de Absalón.

Jorge Maldonado levanta la hipótesis de que David quizá fue el resultado de un adulterio de Isaí. Se basa en tres hechos. Primero, Isaí no incluye a David en la cuenta de sus hijos durante la visita de Samuel. En segundo lugar, David es menospreciado por sus hermanos. Finalmente, en el Salmo 51 (el lamento por el adulterio con Betsabé) David afirma: "... en pecado me concibió mi madre" (v. 5). Sobre este último argumento hay, por lo menos, tres interpretaciones distintas. La primera, que el sexo es un acto pecaminoso. Esta posición ha sido sustentada por muchos intérpretes célebres, como Agustín. Sin embargo, la idea puede ser descartada cuando se analiza el contexto de la época, pues los judíos no daban esa connotación negativa al acto sexual. La segunda, la más común, es que en el Salmo 51 David se refiere a la condición inherente el todo ser humano, coherente con Romanos 3:23, de que todos nacemos, como hijos de Adán, llevando en nosotros la herencia del pecado. La tercera interpretación, revolucionaria, es la presentada por Maldonado. En caso de que la hipótesis del adulterio de Isaí sea cierta, explicaría – desde el punto de vista de los patrones de transmisión generacional y de la perspectiva de la terapia familiar-- por qué el tema de la sexualidad es tan mal trabajado en esta familia.

El hecho de que David fuera el hijo más joven de la familia le proporcionó algunas ventajas y algunas desventajas. Al final de este capítulo usted podrá visualizar el genograma de la familia de este rey de Israel.

A veces, cuando doy cursos sobre la familia, pregunto cuántos de los presentes son hijos primogénitos, cuántos son los últimos y cuántos están en la posición intermedia. Luego les pido que se juntan en grupos y enumeren las ventajas y las desventajas de haber nacido en ese orden en la familia. Es interesante notar que los hijos mayores perciben siempre que ellos tienen más responsabilidades que los menores. Éstos, a su vez, se ven con más libertad, pero menos reconocimiento que los mayores.

En su libro *Aun en las Mejores Familias*, Jorge que Maldonado afirma que el hijo mayor siempre es el más exigido, pues sobre él recae la responsabilidad de mantener el "buen nombre de la familia" y de ser ejemplo para sus hermanos. Con frecuencia se transforma en un hijo parentalizado, es decir, que asume algunas funciones de los padres en el cuidado y protección de sus hermanos y, por lo tanto, desarrolla también un sentido especial del deber. Por el contario, los hijos que siguen cuentan con padres más experimentados, menos ansiosos y controladores, qué les posibilita desarrollar un sentido más equilibrado de derechos y privilegios. Según Maldonado, no es por casualidad que, al contar la parábola del hijo pródigo, Jesús dice que el hijo menor es quien pide la parte de la herencia que le corresponde. Él sabia cuáles eran sus derechos.

David, en la condición de hijo menor, desarrolló bien ese sentido de los derechos. Aprendió, probablemente en el convivir con sus hermanos, el arte de ser un pastor de ovejas excepcional, haciendo frente a bestias salvajes con gran valor – llegando a ser, a veces, un poco temerario (1 Sm. 17:34-35). Tenía también una actitud menos ansiosa en lo referente a sus tareas, lo que le permitió desarrollar sus capacidades musicales. Mônica McGoldrick y Gerson Randy observan que "...los más jóvenes pueden sentirse más libres y menos sobrecargados con responsabilidades familiares; también sienten menos respeto por la autoridad y el convencionalismo".[3]

La integración de capacidades musicales con actividades prácticas del cuidado diario del rebaño asociadas a las destrezas de luchar contra bestias salvajes y peligrosas, desarrolló en David una inteligencia singular, muy útil para el desarrollo de las estrategias militares y las opciones que le llevaron de la pequeña aldea de Belén a convertirse en el más popular de los reyes de la historia de Israel.

Sin embargo, en algunas ocasiones, ese desarrollado sentido de sus derechos le llevó a David a cometer algunas exageraciones, como es el caso del adulterio con Betsabé. Prevaleció su posición de rey y abusó de los privilegios que su posición le

proporcionaba. La excesiva autoconfianza le causó también algunas situaciones incómodas. Los hermanos lo encontraban arrogante y presumido cuando les llevó provisiones al campo de batalla y repetidamente les preguntaba, en tono de ironía, cuál era la recompensa que el rey ofrecía al soldado que haga frente al gigante Goliat. Llegó, incluso, a ser reprendido por sus hermanos (1 Sm. 17:27-30).

A pesar de todo eso, David tenía un corazón sensible y generoso. Cuando presintió, por ejemplo, que su padre y sus hermanos podrían sufrir represalias de Saúl, o ser muertos de modo que David pueda ser afectado, llevó a toda la familia a un lugar seguro (1 Sm. 22:3-4). Se percibe que, en relación a su familia de origen, David asumió el papel característico del hijo menor, con un desarrollado sentido de privilegios. También, de la bisabuela Rut aprendió algunos hábitos de los pueblos cananeos que le fueron útiles en algunos momentos de su vida.

Nuestra familia de origen nos deja legados que acarreamos por toda la vida. Son tradiciones, costumbres y creencias que modelan nuestra conducta de formas más saludables o menos saludables y que nos traen bendiciones o maldiciones. Bendiciones, cuando preservamos comportamientos, hábitos y valores positivos; y maldiciones, cuando repetimos, sin reflexionar, patrones de comportamiento disfuncionales. McGoldrick y Randy afirman:

> El funcionamiento de los miembros de una familia pueden repetirse por generaciones. En ciertos casos, un estilo particular de funcionamiento (de adaptación o desadaptación) o forma de tratar un problema pasan de una generación a otra. Esta transmisión no se da necesariamente de forma lineal. Un padre alcohólico puede tener hijos abstemios y los hijos de éstos pueden tornarse alcohólicos. […] Varias pautas sintomáticas, tales como el alcoholismo, el incesto, ciertos síntomas físicos, violencia y suicidio tienden a repetirse en las familias de una generación para otra.[4]

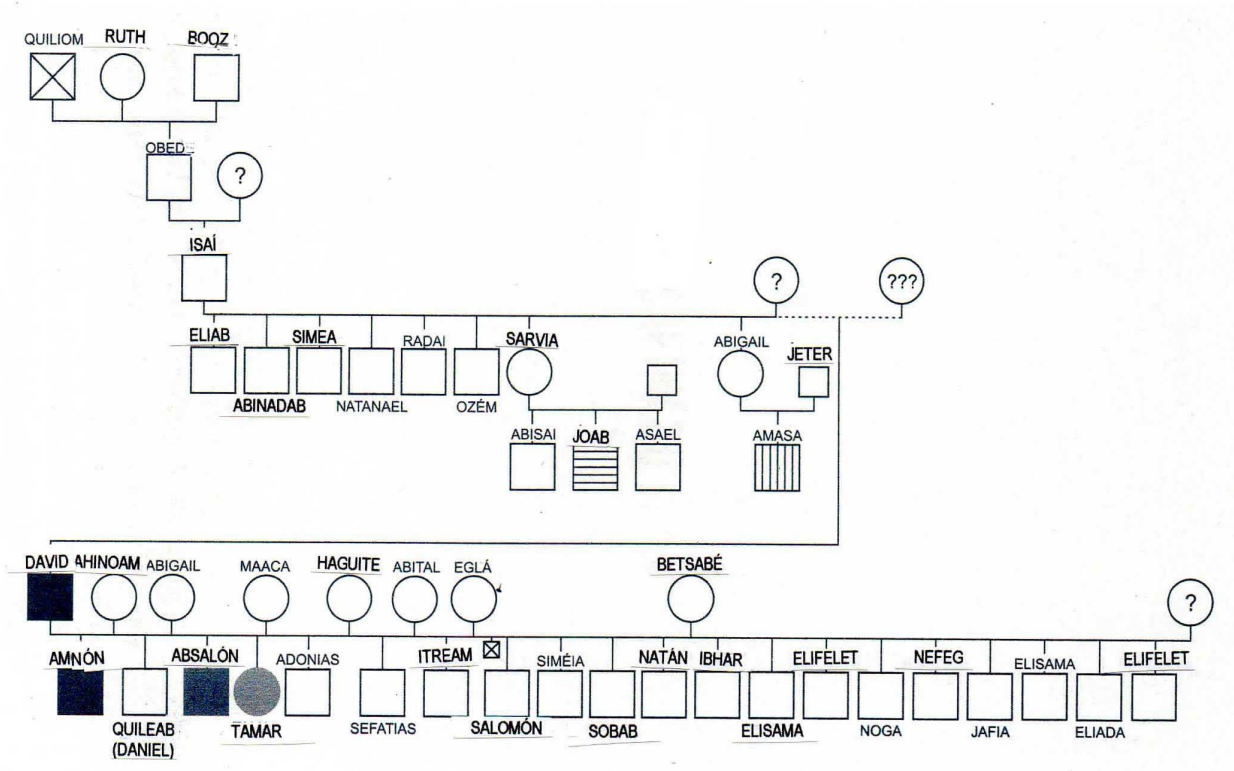
En estos últimos años he observado la tendencia creciente en la iglesia cristiana brasileña de mistificar el comportamiento disfuncional. La gente prefiere atribuir las conductas poco saludables de los miembros de la familia a espíritus malignos intergeneracionales (aunque en la Biblia no haya ninguna cita explícita de su existencia) para asociarlos con los patrones aprendidos en las familias de origen. Quizás esto ocurre por ser más fácil encontrar un elemento externo e invisible al cual culpar, en vez de asumir la responsabilidad por las fallas eventuales en el proceso de enseñanza-aprendizaje de las generaciones futuras. Un ejemplo de esto son los cristianos materialistas. Se pasan la vida acumulando bienes y haciendo, incluso, exégesis e interpretaciones bíblicas que les favorezcan. Esta práctica se pasa a los hijos como un valor importante. Cuando uno de ellos (o quizás un nieto) decide cuestionar de forma vehemente el valor de la acumulación

de bienes y rompe con la familia y sus valores (incluso con la iglesia), buscando un estilo de vida alternativo -- que en general está vinculado a prácticas de grupos de la Nueva Era -- atribuyen tal actitud a un demonio familiar, que posiblemente entró en la familia por un pecado (por lo general ligado al sexo o a un vicio) cometido por un antepasado hace dos o tres generaciones. Se olvidan de percibir lo obvio o, en las palabras de Jesús, "cuelan el mosquito y se tragan el camello" (Mat. 23:34).

Estemos atentos a los valores que dejamos como herencia para las generaciones futuras y, de igual forma, cuestionemos con sinceridad y corazón abierto las tradiciones, los costumbres y los valores que recibimos de nuestros padres, recordando la actitud paulina de examinar todo y retener lo bueno.

Para Caio Fábio d'Araújo Filho, David tenía buenas intenciones para con sus hijos. Esto se puede ver en los nombres que escogió para ellos. Adonías significa el que pertenece a Adonai, el Señor; Salomón, "el pacífico"; y Absalón (*Ab-Shalom*), "el padre de paz". Sin embargo, este autor continúa: "A pesar de que David era un padre que soñaba con el bien de sus hijos, no fue capaz de transformar sus buenas intenciones en inversiones de vida para sus hijos".[5]

David dejó a sus hijos un legado negativo en el área de la sexualidad, pues además de tener hijos con diversas mujeres (2. Sm. 3:2-5; 5:13-16; 1 Cr. 3:1-9), deseó y tomó la esposa ajena. El propio David recibió una herencia negativa de sus antepasados. Éstos habían desobedecido los mandamientos de Dios con respecto al matrimonio y se habían adaptado a los patrones de los pueblos y de las culturas alrededor. En Génesis 1 y 2, cuando Dios creó al hombre y a la mujer estableció el patrón relacional monogámico como factor de higiogenia familiar. Sin embargo, los seres humanos, después de algunas generaciones, se distanciaron del creador y desarrollaron estándares polígamos, contrarios a los propósitos divinos y que, a lo largo de los relatos bíblicos, sólo causaban problemas para las familias que adoptaban ese modelo. Veremos los detalles de esto en el capítulo siguiente.


QUILIOM
RUTH
BOOZ
OBED
?
ISAÍ
?
???
ELIAB
SIMEA
RADAI
SARVIA
ABIGAIL
JETER
ABINADAB
NATANAEL
OZÉM
ABISAI
JOAB
ASAEL
AMASA
DAVID
AHINOAM
ABIGAIL
MAACA
HAGUITE
ABITAL
EGLÁ
BETSABÉ
?
AMNÓN
ABSALÓN
ADONIAS
ITREAM
SIMÉIA
NATÁN
IBHAR
ELIFELET
NEFEG
ELISAMA
ELIFELET
QUILEAB (DANIEL)
TAMAR
SEFATIAS
SALOMÓN
SOBAB
ELISAMA
NOGA
JAFIA
ELIADA

3
Trío desafinado

Al realizar una lectura de 2 Samuel 13, nos asusta la cruda descripción que hace la Biblia de la violación incestuosa, maquiavélicamente planeada por Amnón, uno de los hijos de David. Amnón estaba poseído por un deseo sexual incontrolable hacia una de sus medio-hermanas, Tamar. El deseo era tan intenso que llegó a enfermarse porque no conseguía satisfacerlo. Un primo de Amnón, de nombre Jonadab ("el astuto"), percibe la angustia de Amnón y le sugiere una estrategia perversa para forzar a Tamar a tener relaciones sexuales con él. El plan se inicia con una mentira explícita. Amnón finge estar enfermo, y al ser visitado por su padre, le pide que permita a Tamar que le cuide. El rey, no percibiendo las malas intenciones del hijo, da órdenes a la hija de cuidar a su medio-hermano.

Cuando Tamar entra en el cuarto de Amnón, éste despide a todos los criados y se lanza sobre su hermana, violándola. Si el episodio acabase allí ya sería una vergüenza familiar y un pecado terrible ante los ojos de Dios -- pecado que tendría que ser castigado con la muerte, según la ley (Lv. 18:11,29). Sin embargo, Amnón consigue empeorar la situación al llamar a uno de sus criados y ordenarle que saque a la fuerza a Tamar de su cuarto, pues siente una profunda repulsión hacia ella. Tamar desesperada, sale llorando y gritando por los pasillos del palacio, y así el incidente se convierte en un hecho público, mostrando de par en par el desastre de la familia real.

Hay este episodio tres elementos importantes que deben ser analizados: primero, la estructura familiar que facilita el incesto; segundo, la razón por la cual Amnón tiene ese deseo perverso; y tercero, el rechazo repentino de Amnón hacia Tamar después de alcanzar su objetivo.

La poligamia "oficial", practicada por David, era un desvío del plan original de Dios para la relación conyugal. En la historia bíblica, desde Adán hasta Noé, las familias eran monógamas, pero Abraham, que venía de la cultura de los caldeos, tuvo además de Sara la "esposa oficial", algunas concubinas. Incluso después de la muerte de Sara y la nueva unión con Cetura (Gn.25:1), parece que Abraham tuvo hijos con otras concubinas (Gn. 25:6). No hay registros de que Isaac también haya tenido concubinas. Sin embargo, uno de sus hijos, Esaú, tuvo algunas mujeres (Gn. 26:34; 28:9); y Jacob, dos esposas y dos concubinas. Algunos de los hijos de Jacob practicaron también la poligamia (Gn. 29:21-30).

Una estructura familiar con muchos casamientos y, como resultado de esas uniones, muchos hermanastros, puede fácilmente tornarse confusa y con fronteras

demasiado flácidas, generando fragilidad en el sistema familiar. El proceso de la educación de un hijo está siempre lleno de momentos de negociaciones, acuerdos y revisiones de los modelos educacionales recibidos, pues un matrimonio hereda diferentes planos de fondo de sus familias de origen. Lo que un hijo puede o no puede hacer, qué valores son fundamentales para serle transmitidos, lo que es mutable y lo que es permanente en una sociedad volátil, todo que eso es parte de los acuerdos a ser hechos por los padres en el curso de la formación del carácter del hijo. Y muchas veces es un proceso conflictivo. Según Salvador Minuchin, Michael Nichols y Wai-Yung Lee, "uno de los factores que hace que los conflictos entre los padres sean casi inevitables es el hecho de que las personas ven el ejercicio de la paternidad y la maternidad desde diferentes perspectivas".[1]

Imaginemos la situación de los hijos de diversas esposas provenientes de culturas y tradiciones distintas (no todas las esposas de David fueron israelitas), con costumbres, religiones y valores diferentes entre ellas y con los de David, viviendo en una misma casa. Quizás, lo que la madre de Amnón permitía a su hijo cuando niño, la madre de Absalón lo consideraba un absurdo y lo desaprobaba abiertamente. Agregado a esto, la ausencia permanente de David del convivir familiar, debido a sus muchas actividades reales y campañas militares, creó un ambiente propicio para una alta competitividad entre los hijos y un pobre sentido de pertenencia, que hacía que éstos no se vieran plenamente como hermanos.

La carencia de vínculos fraternos y los distintos patrones educacionales transmitidos a cada hijo hicieron posible que Amnón viera en Tamar una mujer deseable, y no a su misma hermana. Como las fronteras familiares son difusas, la relación incestuosa no es percibida como tal, lo cuál es claro en la tentativa de diálogo de Tamar con Amnon antes y después de la violación. Amnón trató de su media-hermana peor que a una criada y no como parte de la familia.

El hecho de que David haya atendido el pedido de Amnón para que Tamar fuese a cuidarle demuestra que el rey tampoco tenía una percepción clara de las dinámicas que ocurrían entre sus hijos.

De manera similar, muchos padres no se dan cuenta de los procesos intrafamiliares, sobre todo de las posibles disfunciones que vive su familia. Es necesario, en general, que alguien de fuera de la familia (la escuela, la iglesia, la policía, etc.) le muestre que algo no va bien y qué medidas deben ser tomadas. Sin embargo, la mayoría de los padres rechazan esos avisos y se sienten amenazados, como si tales advertencias les descalificaran de sus funciones parentales. En vez de buscar ayuda, se cierran en sus propios capullos

disfuncionales hasta que la situación se torna insoportable o una tragedia, como la que ocurrió en la familia de David, acontezca.

Para el escritor Rutter, hay cinco factores adversos para el desarrollo infantil, los cuales en interacción, pueden concurrir en la manifestación de comportamientos perturbadores y hasta delincuentes. Él denominó al conjunto de estos factores "Índice de Adversidad Familiar" y son los siguientes: número excesivo de hijos en la familia; salarios bajos de los padres; discordia conyugal; número excesivo de personas residiendo en la misma casa; y sicopatología familiar.

El segundo aspecto a ser considerado en el episodio de Amnón y Tamar es la razón del deseo perverso de Amnón. El hecho de que él no tenga autodominio en el área sexual no debe ser entendido sólo como una falla individual de carácter. Al leer la historia familiar encontramos que su abuelo Isaí tuvo un hijo fuera de matrimonio, que David, su padre, tenía dificultades en autocontrolar su impulso sexual al punto de dejarse llevar por el deseo e intimar con Betsabé que estaba casada con uno de sus generales, llegando a tener relaciones sexuales con ella. Después de este acto, David planeó de forma maquiavélica la muerte del marido de ella, Urías Eteo (2 Sm. 11:1-8). La pregunta que nos planteamos es si este patrón de inconsecuencias en el manejo de la sexualidad no se habrá mantenido por el hecho de que David, como padre --quizá por vergüenza-- jamás dialogara con sus hijos sobre su propia fragilidad, dejando que ellos reprodujeran ese patrón disfuncional.

Cuando un patrón o mito familiar no se trata en la familia por medio del diálogo, tiende a repetirse en futuras generaciones, porque los hijos entienden el silencio de los padres sobre determinados temas como consentimiento o aprobación. Por eso, debemos tener *siempre* un diálogo abierto con nuestros hijos en cuanto a los patrones disfuncionales de comportamiento que desarrollamos – no importa si tal comportamiento haya sido reconocido, confesado y abandonado. La idea de mantener una falsa imagen de infalibilidad es perjudicial en las transmisiones intergeneracionales.

El tercer elemento importante en la historia de Amnón y Tamar tiene que ver con el deseo perverso, que siempre causa insatisfacción, aún cuando ha sido atendido.

La sociedad distorsiona -- principalmente a través de los medios de comunicación y del Internet – el sentido último de la sexualidad. La gente llega a creer que el sexo es una función exclusivamente biológica y que el propósito del acto sexual es alcanzar el placer. De esta forma, no se discierne la dimensión plena de la sexualidad, pues el otro es apenas un *objeto* para alcanzar un fin, que es el orgasmo. El egoísmo nos conduce a una visión utilitarista del otro y a una búsqueda exclusiva del placer personal.

Sin embargo, el placer fisiológico proporcionado por la relación sexual es limitado -- y esa limitación tiene que ver con la estructura biológica. Es consecuencia de una especie de "desequilibrio" del organismo. A partir del estímulo sexual ocurren alteraciones en el ritmo cardíaco, la circulación se torna periférica, la respiración se intensifica, las funciones del sistema nervioso autónomo se interrumpen, ciertas hormonas se derraman en la corriente sanguínea, además de otras modificaciones que ocurran simultáneamente y llevan a la persona a un punto límite de desorganización fisiológica. En seguida, ocurre una relajación general, que proporciona una sensación agradable desde el punto de vista biológico.

Así, en el proceso de desequilibrio y relajación generado durante la actividad sexual es, desde el punto de vista exclusivamente fisiológico, muy parecida una relación de otra. La diferencia verdadera ocurre en los procesos *mentales* que acompañan al acto sexual. Nuestro principal órgano sexual es el cerebro. La prueba de esto es que disponemos el organismo para la actividad sexual exclusivamente por medio de un ejercicio de la imaginación. El deseo perverso es, entonces, la búsqueda de "algo más" fisiológico, que nunca sucede. La industria de la pornografía vende la ilusión de que ese "algo más" se puede alcanzar por la utilización de ciertos objetos, la visualización de películas, de la tentativa de tener relaciones sexuales en lugares públicos o en posiciones corporales específicas, y de tantas otras promesas que jamás se cumplen.

Cuando una persona se implica en la búsqueda ilusoria del "verdadero orgasmo" fisiológico, concentra la atención apenas en sí mismo y comienza a utilizar al otro como objeto accesorio. Luego, cuando éste "otro" no proporciona el placer esperado, es desechado y substituido por "un objeto más atractivo", en la expectativa de que el placer ilusorio sea alcanzado. Uno cambia, así, de socio sexual como si fuera ropa vieja a la que perdemos el gusto de usar, creyendo que una nueva nos hará mejores personas.

Las variables de ese tipo de búsqueda se encuentran en la colección de amantes que se acumula a lo largo de la vida, en los orgías llevadas a cabo en lugares de intercambio de parejas – llamada "casas de swing" -- y en perversiones, como la pedofilia, la zoofilia, el sadomasoquismo y la necrofilia. En todos los casos, el resultado es similar al obtenido por Amnón: frustración por no haber alcanzado lo que se deseaba y la consiguiente repulsión.

Es necesario, por lo tanto, que busquemos una comprensión más profunda con respecto al propósito de la sexualidad y que tengamos una mente crítica y "Crística" en relación a las ideas falsas promovidas por la sociedad -- siguiendo así el consejo paulino en Romanos 12:2. En el proyecto ideal de Dios para la creación, registrado en Génesis 1 y

2, la relación sexual tiene como función primordial la solidificación de la unidad de la pareja. Esto se inicia en el proceso de lograr la autonomía personal en relación con la familia de origen, se amplía en el ejercicio de la opción libre, autónoma y comprometida – a partir de empeñar la palabra -- y se concretiza en el ejercicio de una sexualidad plena, no reducida a la genitalidad, pero sí repleta de ternura, afecto, complicidad y respeto profundo por el otro como persona igual a mí: "Hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gen. 2:23).

Al desvincular la sexualidad de estos elementos primordiales, pasa a ser un fin en sí misma y, por lo tanto, genera un vacío que no se llena ni con la realización de la más alucinante fantasía. El verdadero orgasmo acontece a partir de una tranquila entrega al otro que me recibe y me complementa – lo cuál es imposible que ocurra en un encuentro fugaz entre personas que poco o nada se conocen.. Cuanto más se conoce al otro, en una relación plena de ternura y afecto, más posibilidades habrá de que la intensificación del placer aumente.

Según Carlos Hernández, antes de que los cuerpos se interpenetren genitalmente, las personas se interpenetran con las miradas, las palabras, la audición, los labios que se tocan con suavidad, pues todos éstos son también orificios (pupila, conducto auditivo y boca) abiertos a recibir la totalidad de la otra persona que desea convertirse en una sola carne conmigo. Así, la sexualidad desprovista de miradas de ternura, de palabras de afecto y de la suavidad del toque de los labios se limita a meras sensaciones fisiológicas de poca variabilidad y conducentes a la insatisfacción.

Por otro lado, cuando la sexualidad es el resultado de una relación permanente, llena de ternura y afecto, el placer se amplifica por el permiso de ser mirado en lo más profundo de los ojos, con una mirada que no sólo penetra el cuerpo, sino también el alma. Se descubre, entonces, que es posible estar totalmente desnudo delante del otro y no tener de qué avergonzarse. De igual forma, el placer se amplifica en la declaración continua de que el otro es la persona que yo elegí, con mi soberana y libre voluntad, para compartir la vida -- y del otro escucho igual amor y respeto. Esta profunda y placentera declaración la repiten muchas veces los apasionados esposos del libro Cantar de los Cantares: "Yo soy de mi amado y mi amado es mío" (Cnt. 2.16 ; 6.2; 7.10).

A través de los años, en el ejercicio de la terapia y el asesoramiento a matrimonios, me he encontrado con parejas que, aunque llevan de casados algún tiempo, viven una sexualidad mediocre. Están como embriagados en la búsqueda de un "algo más" que nunca alcanzan. Desean sentir un placer diferente al repetitivo orgasmo que no los encanta, y se enredan en conflictos generados a partir de propuesta o actitudes disfuncionales derivadas de esa búsqueda. Nunca encontrarán un placer verdadero si no se

desarrollan en la dimensión de la ternura, de mirarse a los ojos, de dejarse penetrar por la mirada del otro. La dimensión de las palabras de ternura, que penetra los oídos y tocan el alma, nada tienen que ver con las palabras torpes enseñadas en los manuales populares para el incremento a la vida sexual. En Cantar de los Cantares sí se habla repetidamente de la belleza del cuerpo, pero nunca con palabras viles.

Amnón sintió repulsión por su hermana porque su búsqueda estaba basada en una falsa presuposición: que el orgasmo tiene una función apenas fisiológica – idea ampliamente difundida en la sociedad de hoy. Casados y solteros, cristianos y no-cristianos están en la misma búsqueda de Amnón, sufriendo, quien sabe, el mismo tipo de frustración y repulsión. Urge redescubrir el pleno sentido de la sexualidad, que trasciende la genitalidad y que está vinculado a los procesos mentales de entrega generados por la ternura, el afecto y la aceptación del otro como persona igual a mí.

4
El maestro sordo

La actitud insana de Amnón causó un impacto profundo en la ya frágil estructura familiar de la casa de David. Como mencionamos en el capítulo anterior, inmediatamente después de la violación, Amnón expulsó a Tamar de la habitación y ella corrió llorando y gritando por los pasillos del palacio, haciendo público el evento.

Tamar fue acogida por su otro hermano, Absalón (2 Sm.13.20) y, seguramente, todas las miradas se volcaron hacia David. Querrían saber cuál será su actitud frente al hecho. Quizás, la expectativa más generalizada era saber si David actuaría como rey: ejecutando la ley y decretando a la pena de muerte sobre Amnón; o como padre, confrontando el pecado, esperando que el hijo se arrepienta para ofrecerle el perdón, y al mismo tiempo amparando a Tamar con ternura y cariño paterno.

Sin embargo, lo que ocurre no es ni lo uno ni lo otro, sino un silencio absoluto de parte del rey. David está indignado con lo que ha ocurrido (2 Sm. 13.21), pero no hace nada.

La primera consecuencia de la pasividad del rey ante lo ocurrido es el odio profundo de Absalón hacia Amnón, que se muestra por una ruptura del diálogo entre los dos hermanos, silencio que si extiende por dos años (2 Sm. 13.23). Uno se puede imaginar cómo se daba la convivencia familiar a partir de entonces. Cuando David reúne, por ejemplo, a la familia para una comida, Absalón y Amnón se miran; éste percibe odio en los ojos del primero y el otro percibe la arrogancia del segundo. El padre observa en silencio el intercambio fulminante de las miradas. El clima es ciertamente insoportable... pero el rey no hace nada. Podemos también imaginarnos a la joven Tamar caminado llorosa por los pasillos, con la cabeza agachada al cruzarse con Amnón... en la misma presencia de David.

El clima desagradable en la familia real aumenta las tensiones y culmina en una nueva tragedia (2 Sm. 13.23-29). Es una tragedia prácticamente anunciada, pues todos tienen la sensación de que las cosas no van bien... y David continúa sin hacer nada al respecto. Tal como Amnón armó perversamente la violación de su hermana Tamar, Absalón perversamente planifica el asesinato del hermano. El plan incluye hacer una fiesta para celebrar el esquileo de las ovejas. Absalón invita al rey y a sus hermanos. David se excusa, pero –ante la insistencia de Absalón-- permite que sus hijos estén presentes en el acontecimiento. Aun sabiendo el odio de Absalón hacia Amnón, el padre posiblemente cree que los hermanos encontrarán la forma de bordear la situación.

El error de David desemboca en algo terrible. El rey no se imagina el poder del odio acumulado en el corazón de Absalón durante estos dos años. El rey parece estar "ciego" ante la realidad que le rodea, es más bien Jonadabe, el sobrino de David que planeó la violación de Tamar, quien percibe las malas intenciones de Absalón (2 Sm. 13.32-35).

Acumular odio tiene siempre consecuencias trágicas en el contexto familiar. La advertencia bíblica de que la ira o el enfado no debe durar más de un día (Ef. 4.26) es salud para nuestras emociones. La única forma de romper con el odio es por medio del perdón, que conduce a una transformación, a un cambio de enfoque. Para perdonar es necesario modificar la perspectiva egocéntrica que tenemos del mundo, frecuentemente construida a partir de una ilusión.

Solemos crear, en nuestra mente, un lugar en donde buscamos el placer y evitamos el dolor. Esto dificulta una percepción amplia de la realidad, pues la disocia; construye una visión ingenua por medio de la cual se consigue, por un lado, un ámbito idealizado (pleno de gozo) y, por otro, la instancia de la cual quiero distanciarme, porque en ella hay sufrimiento. Carlos Hernández afirma:

> El perdón apunta al origen de una acción, separando la intención de su acción. Por lo tanto, va al origen de la motivación del hombre. Cuando se perdona, se concede otro punto de vista, se inventa un nuevo sentido para lo que se hizo; se transforma la motivación original del ofensor. De esta forma, la persona perjudicada es capaz de transformar la intención original del ofensor. Esta victoria implica colocar al ofensor bajo el ámbito gobernado por el amor de Dios.[1]

Sin embargo, Absalón no consigue hacer esa transición y permanece en la ira, que deteriora su condición mental y le transforma de príncipe en asesino de su propio hermano. Perdonar también exige un cambio de lenguaje. No se puede resolver un problema con el mismo lenguaje y con el mismo pensamiento con el que se creó, pues el lenguaje construye las realidades de los sistemas relacionales. Las palabras que conceden el perdón provienen de un idioma que constantemente renueva el propio vocabulario, porque anuncia la creación permanente del amor de Dios. Al perdonar, vivenciamos la disposición interpenetrativa del ámbito relacional, que es la esencia de la vida. El perdón nos conduce a una nueva perspectiva relacional, que afirma que "somos miembros los unos de los otros" (Ef. 4.25; Rm. 12.5). Constituye un nuevo modelo de familia. En ese sentido, el ejercicio del perdón produce una reestructuración familiar inclusiva, un "emparentamiento": hago del otro mi pariente, mi hermano en Cristo. Esta reestructuración no ocurre en la familia de David, por falta de perdón.

Amnón no pide perdón por su comportamiento reprobable y desastroso. Quizás, la posición social de príncipe le ha conducido, a través del tiempo, a una altivez que le impide tener una percepción adecuada de la condición en la que se encuentra.

Pedir perdón es humillarse y reconocer las propias fragilidades y limitaciones. El perdón nos confronta con la realidad de que somos todos del mismo barro, imperfectos. La sociedad rechaza la idea de que humillarse sea algo bueno o saludable. Al contrario, estimula la vanagloria y la arrogancia. Sin embargo, los valores del reino del Dios son diferentes. Sabemos que nadie puede producir humildad por sí mismo. Más bien, se genera humildad en nosotros cuando pasamos por situaciones de humillación. En Santiago 4.10, la Biblia nos estimula a que nos humillemos de modo que, a su debido tiempo, Dios nos exalte. Esta humillación es una experiencia mortificante. Necesitamos morir a nuestras justificaciones, suficiencias y orgullo. Sólo cuando nos mortificamos experimentamos la esencia de la fe cristiana: la muerte seguida de la resurrección.

El miedo a la muerte --sea la muerte al orgullo y a la autojustificación— nos impide experimentar la maravilla de la resurrección. "Si el grano del trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Jn. 12.24). La vida estéril es el resultado de la resistencia a la muerte. Pedir perdón nos eleva al plano de la vida resucitada. Sin embargo, esto no es fácil, pues para elevarnos a ese plano necesitamos pasar por la muerte. De acuerdo con el pastor, misionario y escritor norteamericano Jaime Kemp: "las palabras más difíciles de pronunciar en casi todas las lenguas son: "Perdóname, yo estuve equivocado".

La búsqueda de perdón, que acontece durante la confesión, es un movimiento hacia despojarnos de las estructuras defensivas de la autojustificación que nos arrastran por la vida en forma ilusoria y que desembocan en el egocentrismo, lo cual termina en aislamiento social. Al reconocer nuestros debilidades, identificamos la necesidad que tenemos del otro y nos hacemos partícipes del tejido de la vida. El otro ya no es percibido como una amenaza a ser evitada o como alguien contra quién debo estar armado para protegerme, sino como alguien que participa conmigo del pan en la mesa (del latín: *cummis panis* = compañero).

Carlos Hernández nos recuerda que "la mesa de la comunión de la eucaristía exige determinada vestimenta. Las ropas tienen dos piezas: la confesión y el perdón".[2] Absalón y Amnón no traían esas vestiduras y se sentaron a la mesa, no para partir el pan y celebrar la comunión, sino para protagonizar una nueva tragedia familiar.

La gracia de Dios es infinita, pero las limitaciones humanas restringen tanto el pedir como el conceder perdón y, por lo tanto, nuestra visión del perdón es

frecuentemente legalista o mecánica. Perdón no es olvidarse de un hecho, sino librarse de la compulsión de la repetición. Repetirse continuamente que otro le causó daño es, en esencia, el movimiento circular de la neurosis.

Perdonar, por lo tanto, es un movimiento que libera no sólo al ofensor, al separar la intención de la acción, sino también al ofendido, de la compulsión neurótica de la repetición.

Absalón y Amnón no supieron utilizar este movimiento para promover salud emocional, tanto personal como familiar.

5
Tocando fuera de compás

Después de esta nueva tragedia familiar, Absalón huye a la tierra de Gesur (2 Sm. 13.37) y busca refugio en la casa de Talmai, su abuelo materno (1 Cr. 3.2). Tiene miedo a la reacción del padre – aunque hasta aquí se sabe que el rey no hizo nada en relación a la violación de Tamar, hecha por Amnón, pero corre a esconderse en la casa del abuelo.

En muchas familias ocurre algo semejante: los hijos tienen comportamientos reprobables ante los ojos de los padres y, entonces, corren hacia los abuelos buscando refugio y protección. Ellos saben que los abuelos son más condescendientes y tolerantes que los padres. Algunos abuelos, de forma equivocada, acogen a los nietos que se comportan mal y acaban interponiéndose entre ellos y los padres, causando problemas en el proceso educativo de los hijos.

Cuando dos jóvenes se casan, necesitan consolidar el proceso de separación emocional de sus respectivas familias de origen, asumiendo plena responsabilidad de ellos mismos y del nuevo núcleo familiar que inician. En algunas familias esta etapa es turbulenta ya que algunos padres no logran hacer que la transición de hijos adolescentes en adultos sea percibida y, en virtud de esta incapacidad, continúan interviniendo en la vida de ellos, dando órdenes y haciendo determinaciones aún cuando ya están casados. Esta interferencia tiene secuelas negativas para la familia en formación, causando conflictos innecesarios para los jóvenes recién-casados. Algunas veces, esa interferencia promueve un distanciamiento con la familia del origen.

¿Por qué algunos padres no permiten que los hijos casados desarrollen sus propias dinámicas como familia? Probablemente porque se sienten inseguros en cuanto a los valores que les han transmitido a lo largo de la vida y piensan que todavía necesitan alguna instrucción adicional necesaria para que los hijos “no se rompan la cara” al darse de bruces en la vida. El poco diálogo entre padres e hijos, sobre todo durante el período de la adolescencia, hace que los padres sientan que su tarea no está terminada todavía y, por lo tanto, necesitan completarla por medio del “cuidado” y la “orientación” en la vida de sus hijos adultos.

Lastimosamente la interferencia se prolonga -- y algunas veces asciende -- cuando llegan los nietos. Los padres creen que los hijos no son suficientemente competentes para cuidar de los nietos, y comienzan a criticar las iniciativas de ellos en la educación de los pequeños. Al mismo tiempo, los abuelos se vuelven complacientes y tolerantes con todo lo que los nietos hacen o piden. Un dicho popular afirma: “El “abuelo es un burro salvaje que el hijo domestica para que el nieto lo monte”. La severidad y los límites impuestos a

los hijos se dejan de lado en la interacción entre abuelos y nietos. No que la complacencia sea negativa, pero no tiene que generar una desautorización explícita de los valores, las reglas y los límites establecidos por los padres.

En caso de que esto suceda, los nietos empezarán a desconocer la autoridad y las orientaciones de los padres, viéndoles como débiles frente a los poderosos abuelos. Los abuelos necesitan aprender a "soltar" a los hijos y permitirles que tengan su propia experiencia de paternidad, sabiendo que tendrán que hacer frente a dificultades. Después de todo, los abuelos, a lo largo de la vida, cometieron errores en el ensayo de la paternidad y de la maternidad y, aún así, criaron a sus hijos.

David permite que Absalón quede bajo los cuidados del abuelo por tres años y, de esta manera, pierde una gran oportunidad educativa. Es decir, comete el peor error que un padre puede cometer en el curso de la formación del carácter de sus hijos: delegar la función a terceros – aunque estos terceros sean los mismos abuelos.

Una vez más, el silencio y la falta de iniciativa de David hacen que se profundice la crisis familiar. Durante tres años David y Absalón no intercambian ni siquiera una palabra; no tienen contacto alguno. La Biblia menciona solamente que transcurrió el tiempo necesario para que "la cólera de David cesara" y que el rey sintiera nostalgia por Absalón (2 Sm. 14.1). Pero no se trata la situación, no se habla del problema; se deja, apenas, que las emociones alteradas se normalicen, y el asunto se quede "debajo del tapete".

Desafortunadamente, hay quienes creen que con "dejar que el tiempo pase" o "colocar una piedra encima" se resuelven los problemas. Aprovecho una metáfora para demostrar que el efecto es exactamente el opuesto. Si colocamos una piedra sobre una hierba silvestre, la planta se muere y, aparentemente, la cuestión se resuelve. Sin embargo, La planta, de hecho, no muere bajo la piedra, sino que al descomponerse atrae bichos venenosos. Luego, donde debía no haber nada --excepto muerte-- hay vida, atraída por la podredumbre. Si eventual o accidentalmente retiramos la piedra, la planta renace con toda su fuerza, ya que la raíz no fue sofocada por la piedra. De la misma manera, cuando no alcanzamos a tratar la raíz de un problema, sino que solamente la encubrimos, corremos el riesgo de atraer mucha más podredumbre y, además, ver que la situación renace con toda su fuerza después de un cierto tiempo, puesto que la raíz no fue tratada. Esto fue lo que hizo David con Absalón -- solamente dejó que pasara el tiempo.

La Biblia menciona que Joab --sobrino de David y primo de Absalón, general de los ejércitos del rey y, quizás, la persona más próxima al rey en ese momento-- percibe que David echa de menos a Absalón (2 Sm. 14.1). Sin embargo, el padre no toma ninguna

iniciativa para ir al encuentro de su hijo, quizás obstaculizado por el celo que tenía de la Ley. La Ley, que explícitamente ordenaba no matar (Dt. 5.17), determinaba también que quien cometiese homicidio tendría que ser muerto (Lv. 24.17). Así, David, por su temor a la Ley, no podría permitir que Absalón volviera a Jerusalén sin tener que ser juzgado y condenado por el asesinato de Amnón.

Entonces, Joab elabora una estrategia para colocar a David contra la pared. Contrata a una mujer astuta --una especie de actriz-- e inventa una historia para sensibilizar al rey y tomar una decisión que podría ser utilizada en contra de sí mismo.

Muchas veces los amigos, percibiendo que una persona a la que quieren tiene problemas, piensan en las formas de ayudarle, por medio de consejo o de otras maneras. Desean eliminar las dificultades, o los sentimientos recurrentes que afectan a su estimado.

En un primer momento, la estrategia de Joab pareciera tener éxito, por lo bien que actúa la mujer y porque David cae en la trampa. Se ve forzado consentir el regreso de Absalón y encarga al sobrino traerle de vuelta a Jerusalén (2 Sm. 14.23).

Sin embargo, David no cede totalmente; permite que Absalón vuelva a la ciudad, pero no recibe al hijo ni habla con él durante dos años (2 Sm. 14.28). La actitud de David en relación con Absalón refleja la pena que está almacenada por el comportamiento inapropiado del hijo, y revela también su propia crueldad. Vivir bajo el mismo techo al lado del hijo, por dos años, sabiendo que éste desea restablecer el diálogo con el padre, y huir de un dialogo cara a cara, por medio del silencio es una crueldad enorme. Desafortunadamente, algunos padres muy ocupados recurren a iguales artificios cuando los hijos se portan mal. En vez de dialogar cara a cara y enfrentar las causas del mal comportamiento, imponen como castigo que los hijos permanezcan totalmente aislados en su cuarto hasta la cólera se les aplaque.

Es diferente, sin embargo, el modelo que presenta la familia de Jesús descrita en Lucas 2.41-51. Al encontrarse con Jesús adolescente, después de haber estado perdido durante tres días (v.46), María y José primeramente dialogan abiertamente con él y le expresan sus sentimientos de angustia por lo ocurrido (v.48); luego, oyen la explicación del hijo (v.49); y, finalmente, no entendiendo exactamente las razones que él les da (v.50), no las menosprecian, sino que reflexionan en el significado de ellas:“guardan todas estas cosas en su corazón” (v.51).

Es posible que el silencio de parte de los padres sea la actitud más cruel en relación a un hijo que se porta mal. Principalmente porque, la mayor parte de las veces, el mal comportamiento de un hijo es una forma disfuncional de intentar establecer un diálogo

con sus padres. El siquiatra y profesor estadounidense Jürgen Ruesch afirma que todo comportamiento es comunicación. Basado en esta premisa, entendemos que un mal comportamiento no es el resultado de un carácter malformado o de una malévola intención, sino más bien una manera disfuncional de la persona de transmitir algo que no consigue transmitir por las maneras funcionales de comunicación. Así, el mal comportamiento del hijo suele ser (aunque no siempre lo es) una denuncia de la carencia de diálogo entre él y sus padres. Los padres sabios deben siempre reflexionar sobre los posibles significados de un mal comportamiento y de buscar, por medio del diálogo, la proximidad necesaria para que la acción correctiva no sirva apenas para aplacar la cólera de ellos, sino para que surtan efectos educativos a largo plazo.

Ante le resultado del silencio de David, Absalón recurre nuevamente a Joab para intentar una reaproximación con el padre. Sin embargo, esta vez, el primo se niega a ayudarle y Absalão recurre nuevamente a la violencia (su forma usual de resolver problemas) y prende fuego a una de las propiedades de Joab para llamar su atención y forzarle a interceder ante David para que lo reciba.

El rey, por insistencia de Joab, recibe a hijo. Sin embargo, no conversa con él sobre lo que sucedió, solamente le da un beso y le permite que frecuente otra vez el palacio. La actitud de David al recibir a Absalón con un beso, como si nada hubiera sucedido y no hablar sobre lo que pasó, le deja al hijo encolerizado. Así que, inicia una subversión - que la examinaremos en el capítulo siguiente. Absalón siente odio hacia el padre por la forma en la que él le trata. No entiende porqué después de cometer un crimen, irse lejos, vivir tres años fuera, volver, vivir dos años al lado del rey, David no toca el tema, sino que intenta resolver el problema con un beso. Los hijos no desean un amor fácil; quieren la verdad cara a cara y un perdón serio, padres que “no vendan barato” los principios de Dios para la vida. Los padres que se niegan al diálogo y que aflojan los principios de Dios en la familia cosechan resultados catastróficos.

Con este episodio aprendemos algo sobre la actitud de Joab. Algunas veces los consejeros bien intencionados elaboran estrategias que parecen ser la mejor solución para un problema. Son generalmente estrategias que han utilizado ya en otras situaciones y que han tenido éxito. Sin embargo, los consejeros necesitan estar atentos al hecho de que los problemas, por más parecidos que sean, son únicos, pues involucran a personas única y distintas las unas de las otras.

Un buen consejero, al tratar con conflictos interpersonales, debe tener en mente que la mejor forma para ayudar a dos personas a resolver sus diferencias es poniendo esas diferencias en el medio para dialogar, y sirviendo como mediador del diálogo. En vez de traer soluciones listas, él necesita creer que las personas implicadas puedan llegar a las

soluciones que le son más adecuadas. Al intentar resolver el problema de la relación entre David y Absalón, Joab no se dio cuenta que se profundizó la crisis cuando no promovió el diálogo que era la raíz de las dificultades entre padre e hijo. La aparente solución empeoró la relación, generando más rebelión.

6
Siguiendo la partitura

Como vimos al final del capítulo anterior, después de que David recibiera a Absalón en el palacio con un beso --pero sin hablar con él sobre lo acontecido-- el hijo se rebela contra el padre. Esta rebelión mezcla la verdad y la mentira al punto que el pueblo que antes venerara a David por las victorias militares y lo aclama rey, ahora se pone en contra de David y se pasa al lado de Absalón.

En actitud de insubordinación para con el padre, Absalón va a la entrada de la ciudad --donde estaban los jueces de Israel antes de iniciarse la época de la monarquía (Dt. 21.19)-- y se acerca a las personas que traen algún caso para ser juzgado por el rey. Al recibirles, Absalón les dice que David está demasiado ocupado como para atenderles. Después de todo, El mismo, siendo hijo del rey, tuvo que esperar dos años para que le recibiera. Así que pueden imaginarse, cuánto tiempo un súbdito desconocido tendría que esperar.

La afirmación de Absalón no era falsa ni totalmente infundada. Utiliza su propio ejemplo y la actitud pasiva de David para difamarlo. Ciertamente, la noticia de que Absalón viviera dos años junto al palacio y no fuera recibido por el padre se había esparcido por todo el reino de Israel. Así, la gente constataba que hablaba, de hecho, una "verdad".

Después de afirmar que el rey estaba ocupado como para juzgar una causa "insignificante" de un súbdito, Absalón agrega: "¡Si yo fuera el rey, esto no sería así!" (2 Sm. 15.3-4). Esta es una estrategia usada comúnmente en los debates políticos pre-electorales, cuando un candidato afirma una "media-verdad" y "garantiza" que bajo su gobierno todo será diferente. Al señalar abiertamente las fallas que la gente está viendo, el opositor gana credibilidad. Una diferencia significativa en este caso es que Absalón hace una "campaña" que dura cuatro años.

Por otra parte, utiliza la estrategia para identificarse con el pueblo, no aceptando para ser tratado como príncipe. Cuando la gente quiere hacerle una reverencia, abre los brazos, les abraza y les besa, y les trata como un amigo (2 Sm. 15.5). Ésta es otra estrategia usada en tiempos de campaña; los políticos quieren hacerse pasar por amigos de la población. Se pasean por las calles conversando y sonriendo con la gente como si si fuesen viejos conocidos. El resultado de esto es exactamente lo que afirma la Biblia: "… así robaba Absalón el corazón de los de Israel" (2 Sm.15.6).

Al rebelarse contra David, Absalón, según su propio punto de vista, está buscando la justicia y siguiendo de cerca el modelo del padre, que se inclinaba por la rectitud. Con tal comportamiento, él conquista el corazón de la gente, sobre todo de los oprimidos y de los que reclaman sus derechas, así como su padre lo hizo en el pasado. Lo mismo sucede en las familias de hoy. Hijos se rebelan contra el comportamiento de los padres, al que juzgan errado, pero repiten los modelos asimilados a través de la experiencia intrafamiliar sin darse cuenta de esto. Para evitar la repetición inconsciente de lo aprendido, es necesaria una reflexión crítica y "Crística" (Rm. 12.2).

Lo más impresionante en la narrativa de Absalón y David es que éste no toma ninguna actitud en lo referente al comportamiento del hijo. Como el procedimiento de Absalón no es una ocurrencia aislada, sino que se repite a diario durante cuatro años, las actitudes de él llegarían ciertamente al conocimiento de David. Sin embargo, el rey se mantiene pasivo frente a la creciente popularidad del hijo y de la revolución inminente que él arma. David siente una mezcla de culpabilidad y miedo desde el episodio con Betsabé (2 Sm. 11). Si, por un lado, él fue culpable y se arrepintió después de haber sido confrontado por el profeta (2 Sm. 12.1-15), por otro, está asolado por el miedo, pues constata que con la santidad de Dios, el juez justo, no se juega (2 Sm. 12.15-19).

David era un guerrero valeroso, capaz hacer frente al gigante Goliat. Sin embargo, teme confrontar a sus hijos. Según el pastor Caio Fábio, el rey teme ser acusado, pues sabe que carece de integridad moral, debido a el episodio con Betsabé. Dios le había perdonado, pero él no se había perdonado, y eso le impide ver a los hijos en los ojos. David no se siente con autoridad de padre, lo que le fue un obstáculo para tomar una actitud más drástica con Amnón, cuando éste violó a su hermana; para castigar a Absalón, cuando éste asesinó al hermano, haciendo justicia con sus propias manos; para tomar la iniciativa en restablecer la relación con Absalón; y, finalmente, para confrontar al hijo cuando éste lo difama para todo Israel.

David tiene una posición de liderazgo sobre Israel, pero no sabe ejercer autoridad de padre. Esto ocurre con frecuencia en las familias de hoy. Los padres tienen miedo de encarar al hijo y al problema. Hay padres que son directores de empresas o pastores que lideran diez, cien y mil personas y más, pero no dirigen su propio hogar, pues sienten miedo y culpa. Enfrentan los desafíos laborales de una empresa competitiva, pero no pueden hacer frente a los desafíos del estrechamiento de los vínculos familiares. Son masculinidades guerreras que no saben lidiar con la ternura.

Los padres no deben temer el diálogo franco y honesto con los hijos, tampoco deben tener recelo de hablar sobre los errores del pasado que han llegado a ser públicos. Los hijos no esperan padres perfectos, sino humanos -- padres que puedan decirles:

“Mira, hijo, erré y sufrí los consecuencias de mis errores. Quiero compartir esto contigo para que no incurras en los mismos errores y también sufras, pues la última cosa que deseo en el mundo es verte sufrir”. Los hijos no esperan padres infalibles. ¡Por lo tanto, los padres no pueden estar “más allá de las palabras”!

He oído a algunos padres decir que nunca podrían admitir un error ante los hijos, pues eso arruinaría la autoridad de padres. La verdad es exactamente lo contrario. Se gana en autoridad y admiración ante los hijos cuando los padres admiten sus propios errores. Los hijos saben que requiere mucho valor admitir que se ha fallado.

Cuando mi esposa y yo coordinábamos el trabajo con los adolescentes de nuestra iglesia, cierta vez hicimos una reunión en el garaje de nuestra casa. El coloquio fue sobre la dependencia química y cómo los jóvenes tendrían que cuidarse. El padre de una de las adolescentes llevó a su hija para la reunión. Él vivía al otro extremo de la ciudad y, por lo tanto, decidió esperarla en el coche hasta que terminara la reunión. Sabiendo que estaba allí, le invité a que entrara y participara con nosotros. Para nuestra sorpresa, en medio del coloquio pidió la palabra y confesó que él había sido un alcohólico (la terminología científica y correcta es “en estado etílico”) y que estaba en abstinencia desde algunos años. Con todo, él sabia que su comportamiento había causado daño a la familia.

Entonces, se volteó hacia su hija y, públicamente, le pidió perdón por la vergüenza que le había hecho pasar las veces que llegó borracho a casa y le peleó injustamente, alterado y hasta grosero. Dijo que no sabia si todo el estrago que había hecho durante los años de alcoholismo podría ser reparado, pero que estaba dispuesto a restaurar lo que fuese posible.

En aquel momento hubo una conmoción general en el grupo; el padre con la hija se miraron con ternura. Sin embargo, había mucho dolor en el corazón de la adolescente como para un reaproximación rápida. Hoy esa familia está firme en la fe, con padre e hija reconciliados. Y ella, además, le agasajó con un nietito.

La honestidad relacional puede prevenir tragedias familiares, como la ocurrida en la familia de David. Después de cuatro años de provocaciones, sin ninguna expectativa de que el padre deje la pasividad, y disfrutando de la simpatía de buena parte pueblo, Absalón decide asumir una postura: mostrar al padre cómo se debe reinar.

Absalón, entonces, sale de Jerusalén, junta a su alrededor una multitud y se autoproclama rey de Israel. Al saber de la rebelión, David junta a los suyos y huye hacia el desierto, dejando apenas las diez concubinas en el palacio y algún “espía” en Jerusalén, para que le mantuviesen informado de lo que sucediera en la corte (2 Sm. 15.10-37).

La trama que sigue tiene todos los matices de un embrollo familiar, no sólo de una disputa política. Absalón elige como su consejero personal a Ahitofel, abuelo de Betsabé (2 Sm 23.34; 2 Sm 16.15-23). Por los consejos que Ahitofel da a Absalón se percibe que él alimentaba un gran resentimiento por la desgracia que David trajo a la familia de él, cuando adulteró con su nieta y envió al frente de batalla a Urias para que fuese muerto.

Ahitofel y su familia habían oído los malos comentarios que se extendían por todo el reino de Israel. Podemos imaginar a los amigos y vecinos comentando con ironía la situación: "!Que buen partido consiguió su nieta ahora!" "¿No es mucho mejor que estar con un soldado raso?" "Fue a vivir en el palacio. "Nacer pobre es el destino, pero casarse pobre es tontería". Podemos también imaginar el tamaño del odio y el deseo de venganza que Ahitofel alimentó contra David. Tanto es esto cierto que cuando David supo que Absalón le había elegido consejero, le pidió a Husai, uno de sus mejores amigos (2 Sm. 15.37), que permaneciese en la ciudad y fingiese lealtad a Absalón, para oponerse a los consejos vengativos de Ahitofel.

Así mismo, Absalón nombra a Amasa --un primo, hijo de Abigail, hermana de David—como general de sus ejércitos. Las implicaciones familiares están otra vez presentes en este nombramiento, pues las familias de Joab --otro primo de Absalón y general de los ejércitos de David-- y de Amasa también tenía una riña debido a un episodio que implicaba cuestiones sexuales (2 Sm. 17.25).

Al elegir como su consejero personal a alguien que odia a David y como general de sus ejércitos a alguien que tiene problemas con la familia del general de David, Absalón saca a lucir su resentimiento contra el rey y los que están próximos a él. Siente celos de los amigos del padre. Odia a Joab porque David le da más atención que al hijo.

Los hijos quieren la atención de los padres -- una atención saludable y equilibrada, no excesiva ni controladora. Cuando perciben que no están recibiendo una atención positiva, pueden desarrollar comportamientos disfuncionales a fin de recibir algún tipo de cuidado y recargar así sus baterías emocionales. Es mejor recibir atención por algo negativo que no recibir atención alguna. Brenson Lazán observa:

> Es como si en cada ser humano hubiera una "batería" que necesita ser recargada a diario. Nuestra batería de caricias, al no recibir su debida carga de caricias agradables, no aguanta la "descarga" y el individuo hace cualquier cosa, inventa cualquier excusa para recibir algún reconocimiento. Cualquier cosa es mejor que nada, como se ve claramente en la conducta de los niños que se portan "mal" para llamar la atención.[1]

El problema se agrava cuando los hijos perciben que los padres tienen amigos, colegas en el trabajo o en la iglesia a quienes dedican más tiempo y atención que a ellos. Pueden tener celos de esas personas y generalizar sentimientos negativos que tienen en lo referente a los padres --generados por la falta de atención-- para con esos amigos o personas próximas. Este tipo de celos puede ser roto solamente con la seguridad del amor parental, que genera estabilidad, confianza, equilibrio emocional y familiar.

Una persona me contó cierta vez que su hijo pequeño le dijo que quería irse a vivir en la casa de un amigo de la familia. El padre, no tomando al hijo en serio, indagó sonriendo la razón de ese deseo. Entonces, el pequeño dijo que era porque, cuando el amigo invitaba al padre a jugar al fútbol, él dejaba todo lo que estaba haciendo y jugaba con el amigo, pero cuando el hijo le pedía al padre jugar con él a la pelota, el padre tenía siempre algo más importante que hacer.

El primer consejo de Ahitofel a Absalón fue que colocara una cama en la baranda del palacio y tuviera relaciones sexuales con los diez concubinas que David había dejado en la corte para cuidar del palacio. De esta manera, la gente de la ciudad atestiguaría la acción de Absalón (2 Sm. 16.21). Ahitofel le aconseja hacer con las concubinas del padre lo qué David hizo con su nieta. Más allá de lo que probablemente fuera el primer teatro pornográfico de la historia, este perverso consejo tenía otra malévola intención: Ahitofel se prepuso anular cualquier posibilidad de reconciliación entre David y Absalón, pues, al acostarse con las concubinas del rey, el hijo declararía no tener respeto algunos para cualquier cosa que perteneciera al padre y estar dispuesto a tomar todo para sí mismo.

El consejo de Ahitofel, sin que él lo supiese, cumple la profecía de Natán a David en lo referente al pecado con Betsabé (2 Sm. 12.11-12). Absalón sabe de los pecados pasados del padre y, con esta actitud, muestra a David que lo que el rey hizo en lo oculto, él lo hará en público, sin ser castigado. Algunas veces, en riñas de familia, los errores pasados son traídos a tono y destruyen las relaciones familiares. La culpa por los pecados pasados no perdonados se puede anular por medio del perdón diario dentro de la familia.

Un desafío permanente para las familias es apartar un tiempo para orar juntos como familia o en pareja. Los padres deben apartar tiempo para orar con los hijos, y los matrimonios deben separar un tiempo para orar juntos todos los días. Un momento especial para eso es antes de acostarse -- de modo que "no se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Ef. 4.26). Aun haciendo el compromiso de orar juntos a diario, habrá días cuando estaremos molestos los unos con los otros, y orar juntos estando indispuestos con alguien es imposible. Entonces, será necesario dialogar, pedir perdón y pardonar para poder orar libremente. Éste es el mejor camino para la restauración de las relaciones, y lo que parece una debilidad se convierte en fuerza para el crecimiento.

7
Réquiem

Absalón entra en Jerusalén y se apropia del palacio. Sin embargo, como es inexperto y hasta cierto punto mimado, no sabe qué próximo paso debe tomar. Por lo tanto, llama a Ahitofel, abuelo de Betsabé, y le pregunta lo que debe hacer.

Esta es una situación común para algunos jóvenes de hoy. Aspiran a puestos de importancia y, cuando los alcanzan – por méritos propios o no -- no saben qué hacer con lo que han conquistado.

Esto puede ser peligroso, pues el deslumbre del poder y del prestigio les lleva a actuar de manera incorrecta y a seguir malos consejos. Los adolescentes y jóvenes que no tienen buena relación con sus padres son los más vulnerables a las opiniones de personas malintencionadas.

La carencia de diálogo entre padres e hijos produce los abismos relacionales que llevan a los hijos a actitudes de rebeldía y a la búsqueda de compañías poco saludables. El oncologista Juan Hoffman afirma que las relaciones entre padres e hijos afectan la escogencia de la pareja por parte de los hijos, especialmente cuando se trata de hijos con comportamientos poco funcionales. En general, las "malas compañías" son las personas que tienen comportamientos o sentimientos negativos comunes.

Absalón se acerca a Ahitofel, quien también alimentó una profunda amargura hacia David. Prueba de esto es el primer consejo del abuelo de Betsabé para que el hijo de David haga algo "aborrecible… ante los ojos de todo Israel" (2 Sm. 16.21).

Después de esto, Ahitofel pide la autorización de Absalón para montar un ejército de 12 mil hombres (2 Sm. 17.1ss.) y, en seguida, ir en persecución de David, para matarlo y reconquistar para Absalón los que permanecerán fieles al rey. El odio de Ahitofel por David es notable.

Entre tanto, Husai, otro miembro de consejo y una especie de espía de David en la corte de Absalón, propone algo que le parece mejor al hijo del rey, por su mayor magnitud. Husai sugiere que, en vez de 12 mil hombres comandados por Ahitofel, Absalón convocara a todos los hombres de Israel y él mismo los comandara (2 Sm. 17.11). La oferta, ciertamente por su grandiosidad, seduce el corazón de Absalón.

Jóvenes inexpertos se dejan fascinar por ofertas extraordinarias de poder, prestigio o abundancia y se lanzan impulsivamente hacia ellas. Esto es peligroso y puede llevarlos el desastre. Fue exactamente lo que sucedió con Absalón.

Es interesante que Absalón busca dos consejeros experimentados, pero ambos le dan malos consejos. El primero, Aitofel, le aconseja desde un corazón inundado de odio hacia David. El segundo, Husai, le aconseja con la tendencia de quién es fiel el David. Este asunto nos enseña algo sobre el papel del consejero.

Los buenos consejeros no deben aconsejar orientados por sentimientos o preferencias personales. Antes, deben oír a las partes implicadas en el conflicto y promover un diálogo que busque la reconciliación. Esto es verdad, sobre todo, para los consejeros cristianos, que son llamados a ser ministros de la reconciliación (2 Co. 5.18).

Otro hecho importante que se destaca en esta historia es que Ahitofel, al percibir que su consejo fue rechazado, vuelve a casa y se suicida (2 Sm. 17.23). Esta actitud muestra que no siempre las personas están preparadas para ser consejeras.

Para llegar a ser un consejero, no basta tener buena voluntad o sentirse "obligado" a aconsejar por el hecho de ser un cristiano. Ser parte de un ministerio de aconsejamiento o asesoramiento es necesario tener buena estructura emocional, lo cuál no es fácil. Como terapeuta y consejero, percibo que algunos colegas sucumben y arruinan su propia vida personal y familiar por no estar emocionalmente estructurados para la tarea.

Uno de los primeros requisitos para ser parte de un ministerio de asesoramiento o consejería es "conocerse a sí mismo". Esta frase, cuentan los historiadores, fue puesta en la puerta de la entrada al oráculo de Delfos, en la antigua Grecia. Indicaba que las personas, al buscar consejo allí, eran llevadas primero al auto-conocimiento. Por lo tanto, el consejo de las sacerdotisas del oráculo era que las personas se conociesen mejor y, como resultado de esto, llegasen a la conclusión de que tenían ya la mayor parte de las respuestas que buscaban. La frase era también el fundamento de la filosofía de Sócrates y, por lo tanto, citada por el filósofo repetidas veces. Las sacerdotisas del templo de Delfos consideraban al filósofo el hombre más sabio de Grecia. Sin embargo, Sócrates respondía con la celebra frase: "Solo sé que nada sé".

El consejero cristiano debe tener conciencia de que él es solamente una herramienta dentro de un proceso. Antes de que las personas le busquen, Dios ya venia trabajando en la vida de ellos. La persona asesorada es alguien que ha sido llevada al consejero por el Espirito Santo, como resultado del profundo amor de Dios por el ser humano. Es el Espíritu quien lleva a la persona a tomar consciencia de la necesidad de la

ayuda. Él es también quién, de una forma u otra, conduce al necesitado al conocimiento de que hay un consejero que puede ayudarle; así como es el Espirito quien anima a la persona a ir al consejero y a confiar en él. Finalmente, es el Espíritu Santo para proporciona al consejero la claridad necesaria durante el proceso del asesoramiento.

Aprendí hace algún tiempo con Jorge Maldonado que, como consejeros cristianos, debemos continuamente buscar la humildad y el reconocimiento de que somos solamente instrumentos, pues la obra es de Dios. Cuando comenzó a aconsejar, Maldonado oraba pidiendo: "Señor, ayúdame con esta persona". Pero al tomar consciencia de quién realmente hace la obra, percibió que su oración era presuntuosa, pues Dios ya había estado ayudando a la persona mucho antes de que ella llegara hasta ella. Así que comenzó a orar así: "Señor, ¿cómo te puedo ayudar en la obra que tú estás haciendo ya en la vida de esta persona?"

Sé que si no soy un instrumento útil y mi consejo no ayuda a la gente, Dios utilizará otros instrumentos para asistirles, pues él jamás desiste de sus criaturas y las ama profundamente.

Volviendo al texto bíblico, vemos que Absalón sigue los malos consejos de Husai e inicia una guerra contra el padre. El resultado directo de la falta de diálogo es la agresión. David organiza un ejército para defenderse. A pesar de las órdenes explícitas del rey al ejército para que no hiciesen mal alguno a Absalón (2 Sm. 18.5), Joab – sobrino de David, su general y su hombre de confianza – le desobedece y mata a Absalón. Joab es un hombre frío y sanguinario, que se guía más por lo que a él le parece ser lo mejor para el reino de Israel y para la posición que él ocupa, antes que las órdenes del rey o el deseo de un amigo.

En el calor de la batalla, Absalón se queda atrapado en las ramas de un árbol por el pelo largo y hermoso, adornado con polvo de oro (2 Sm. 18.9). Un soldado informa a Joab, quien fríamente encaja tres dardos en el pecho del primo (2 Sm. 18.14). Absalón es víctima de su propia vanidad, pues lo que más apreciaba -- el hermoso pelo (2 Sm. 14.25-26) -- le conduce a la muerte.

Al saber de la muerte del hijo, David se desespera. Sale caminando y gritando el nombre de Absalón, expresando así todo su dolor (2 Sm. 18.33). Demasiado tarde, el rey pierde un hijo más.

De la misma forma, muchos padres hoy, después de perder a los hijos en las drogas, la delincuencia, los grupos marginales o las sectas esotéricas lloran amargamente y no consiguen encontrar explicaciones para lo ocurrido. Tal como en la familia de David,

algunas de las tragedias que acontecen en las familias cristianas de hoy podrían ser evitadas si los padres asumieran su papel de manera responsable, en vez de delegarlo a terceros.

Los agentes externos que intentan intervenir en la situación de la relación entre David y Absalón no consiguen evitar la tragedia. Ni el abuelo, con quien Absalón fuera a vivir dos años, ni el primo, Joab, quien trajera Absalón de vuelta a Jerusalén y a quién el primo pide ayuda para una reaproximación con el padre, fueron capaces de prevenir el final trágico en la historia de la familia. Hoy, cuando el diálogo entre padres e hijos no se da y éstos buscan desesperadamente restaurar una puerta de comunicación -- a veces por medio de conductas disfuncionales -- aquellos esperan que otros den cuenta del problema. Esperan que la escuela, los líderes de la iglesia o los psicólogos contengan el comportamiento del hijo y que, preferiblemente, no los involucren en el proceso. ¡Después de todo, "el problemático" es el hijo!

Por otro lado, hay todavía padres que se desesperan porque creen que ellos han sido los incompetentes en la educación de los hijos y que son los únicos culpables. Desde una perspectiva relacional *nunca* hay solamente uno que esté correcto o equivocado; más bien, ambos contribuyen a que la relación se deteriore y haya separación o para que crezca y haya acercamiento. Esto es igualmente válido para las relaciones conyugales. "Se necesita dos para bailar un tango"[1] según el psicoterapeuta de familias Joel Bergman.

La historia de David y Absalón no habría desembocado en un final trágico, si hubiera habido diálogo entre el padre y el hijo. Éste es uno de los elementos que más hacen falta en nuestras familias. En los encuentros de matrimonios que mi esposa y yo facilitamos (hay un tema específico sobre la educación de los hijos), preguntamos a las parejas si tienen un tiempo para leer la Biblia y orar en familia o con los hijos. Algunos afirman que lo hacían cuando los niños son pequeños, y la mayoría dejó de lado esa actividad cuando los hijos entraban en la adolescencia. Esto ocurre porque los padres tienen otras prioridades, como mirar el noticiero o navegar en el Internet. Quizás algunos de tales padres, en el futuro (espero sinceramente que no), caminarán también por los pasillos de sus casas llorando y gritando el nombre del hijo, como lo hizo David, lamentándose la pérdida de Absalón y de la relación. La prevención de este tipo de tragedia está en el diálogo diario, cara a cara, en la lectura conjunta de la Palabra de Dios y en los momentos de oración cotidiana unos por otros y unos *con* otros.

8
Composición desastrosa

El ejemplo de la familia de David nos ayuda para evaluar lo que puede ser evitado en nuestros hogares para que no tengamos que presenciar tragedias como las acontecidas en la casa del rey más conocido de Israel. Aunque fue un hombre según el corazón de Dios, David no tuvo éxito como padre de familia. Era un hombre temeroso de Dios, un compositor de hermosas canciones, pero careció de algunos elementos para que pudiese tener una familia armoniosa y saludable.

En primer lugar, lo que llevó a David a fracasar como padre fue el hecho de dedicar poco tiempo a la relación con los hijos. Por tener un reino que administrar y batallas que ganar, no dedicó el tiempo necesario para las necesidades de la familia. De manera similar a David, algunos padres cree que la estabilidad profesional es prioridad, pues con ella, se garantiza la futura comodidad de los hijos. Así, dedican muchas horas al trabajo y están poco disponibles para la familia.

La sociedad de hoy enfatiza la importancia de la realización personal, pues está enfocada en el individuo y no en la familia. El medio social inculca en la mente de los jóvenes adultos que tener éxito profesional es sinónimo de ser aceptado y valorado como persona, y que deben invertir toda su energías y tiempo en eso. Luego, en la fase de construcción de sus propias familias, ellos se dedican más al trabajo y reducen al mínimo la inversión de tiempo en la tarea parental, jugando con los hijos y oyéndoles sus "bobadas". Creen que eso se puede hacer más adelante, cuando la familia haya alcanzado la plataforma de la comodidad y la deseada estabilidad financiera. Sin embargo, no dan la cuenta de que la sociedad estructurada sobre el capital, la medida de la comodidad será siempre mayor de lo que ya se tiene.

En el afán de buscar la provisión para el futuro, se olvidan del presente. En la ilusión para dejar bienes a los hijos para que los disfruten, no les ofrecemos el bien mayor que es nuestra presencia diaria y el afecto. Así, a los padres como David, que tienen un "pequeño reino" que administrar, les es necesario estar atentos para no dejar en segundo plano el tiempo de jugar y rodar en el suelo con los hijos y de oír lo que aprenden en la escuela. La vida marcha hacia adelante y cada etapa descuidada en la convivencia con los hijos no vuelve más. Es necesario que los padres evalúen si en el futuro desean ser conocidos como trabajadores de éxito, como David lo es hasta hoy, tres mil años después de su reinado, o como padres dedicados a sus hijos. De nada vale tener éxito y acumular bienes si no tenemos a la familia cerca de nosotros que celebren con nosotros las conquistas.

Es necesario que los padres estén atentos no caer en el engaño de usar *todo* el tiempo libre solamente para ellos, siguiendo la falsa idea afirmada para los medios de comunicación de que ellos se lo merecen. La sociedad nos presiona a pasar buena parte de nuestro tiempo en nuestra propia actualización. Se afirma hoy que una persona des informada es un ciudadano de la segunda categoría. Se nos dice, además, que es necesario estar al tanto de todos los noticieros de la televisión para no quedarnos fuera de algún asunto en una rueda de conversación. Sin embargo, los temas sobre los cuales desean hablar los hijos son otros. Desean contarnos -- y esperan ser oídos – sobre la convivencia diaria con sus compañeros y amigos. Si los padres no se interesan en estos temas, por encontrarlos poco interesantes o aburridos, el abismo relacional entre ellos y sus hijos se ensanchará rápidamente.

El ambiente social nos impone que, además de ser ciudadanos llenos de información, ampliemos nuestra formación. Se nos ofrece innumerables oportunidades para que participaremos de cursos, seminarios y conferencias. Muchas son las llamadas seductoras a pasar horas frente al computador visitando las páginas que contienen la información relevante para nuestro crecimiento personal y profesional. Quieren que creamos que, cuantos más cursos de especialización tomemos, mayores serán las posibilidades de alcanzar mejores puestos en el mercado de trabajo y de ser socialmente reconocidos. Sin embargo, no nos informan que esto tiene un alto costo: estar el mínimo de tiempo con los hijos – tal vez solamente los domingos. Alguien todavía podrá ciertamente decir: “Pero un domingo entero ¿no es suficiente?”.

Con cursos de idiomas, exploración académica, seminarios de especialización y las tareas del trabajo diario, ¿tendrán disposición los padres para jugar o correr en el parque con los hijos el domingo? ¿O preferirán descansar de la semana tan intensa de actividades? Con una agotadora carga horaria de trabajo, además de cursos y de otras actividades, no es sorprendente que estén irritados con los hijos cuando éstos corren por la casa haciendo ruido y buscando atención. Los hijos necesitan la presencia de los padres, no sus diplomas.

En los momentos de la irritabilidad, es común que el marido diga a la esposa que salga con los niños de compras o, si los hijos son adolescentes, sugerir que vayan solos o con sus amigos, de modo que él pueda tener un “merecido descanso”. Lamentablemente ese descanso se traduce, muchas veces, en tiempo frente a la televisión o la computadora, haciendo actividades que nada agregan a -- algunas incluso perjudican -- la vida personal.

Para prevenir que los hijos se desvíen y sigan por caminos torcidos, los padres deban ayudarles a desarrollarlo buenas amistades. Si dejan exclusivamente la opción de las amistades a criterio de los hijos, éstos corren el riesgo de involucrarse con malas

compañías y producir sufrimiento para toda la familia. La mejor forma en que los padres pueden ayudar a los hijos a cultivar buenas amistades es teniendo, ellos mismos, buenos amigos. Si tenemos una buena red social, con gente de carácter, que tiene valores similares a los nuestros y que también tienen hijos de edades de los nuestros, nuestros hijos fácilmente escogerán amigos de entre los hijos de nuestros amigos y estarán rodeados de familias con valores. Esto impedirá que ellos tengan problemas relacionados con malas amistades.

Sin embargo, para desarrollar buenas amistades se necesita tiempo. No se construye una amistad con encuentros de cinco minutos al final del culto o con un vaso de cerveza en la mesa en un bar. Se desarrollan amistades a partir de la convivencia, en la intimidad del hogar, mediante diálogos personales y significativos, por medio de los cuales conocemos a las personas y nos damos a conocer. Lastimosamente, nuestra sociedad, acostumbrada al inmediatismo, no permite ese tipo de convivencia y de profundización relacional. Antes, estimula a cada uno a vivir su propia vida. No tiene ni idea de lo que significa pertenecer o de ser "miembros los unos de los otros". Por lo tanto, si tenemos amigos dignos de confianza que tienen hijos en las mismas edades que los nuestros, con los cuales pueden desarrollar amistad, las posibilidades de buscar relaciones superficiales es menor.

Para prevenir una catástrofe familiar, alejémonos de la idea de que los deseos de los hijos no pueden ser refrenados. Una de las mentiras más grandes de nuestra sociedad es que es necesario dar a los hijos todo qué no tuvimos en la infancia o adolescencia, sean bienes materiales o libertades. Falsos especialistas afirman que, al actuar así, no traumatizamos a nuestros hijos. Sin embargo, si los padres no dejan claro para el hijo, desde muy temprano, que no puede ni necesita tener todo lo que la sociedad de consumo ofrece con promesas de felicidad y satisfacción, corren el riesgo para verlo comenzar a mostrar comportamientos y libertades que consideran erradas. Además, pueden surgir discusiones fervorosas con los padres, que acaban en gritos y hasta en agresiones físicas.

Cierta vez, atendí en mi consultorio a un padre que después de haber sido golpeado por el hijo adolescente de 16 años, se quejaba diciendo:

-- No entiendo porqué mi hijo hizo esto. Le di siempre todo qué me pidió. ¿Sólo porque le pedí que apagara la computadora a las tres de la mañana?

Este padre le hizo creer al hijo que la vida nunca impone límites, que él puede hacer lo que quiera, ya que al final todo saldrá bien. Los padres que no quieren al desastre llamando a la puerta de sus casas no deben ser permisivos con los hijos. No deben ceder cuando el hijo no desea ir a la iglesia, porque "necesita" jugar en la computadora. En

otros casos, la hija al llegar a la adolescencia, querrá que el novio duerma con ella en su cuarto, porque lo vio en la televisión. Hasta exigirá que los padres le compren una cama matrimonial, afirmando que "en casa es más seguro". Los padres tendrán pocas fuerzas emocionales para oponerse a esto. Los límites deben ser establecidos desde temprano en la vida del niño, sobre todo cuando éste intenta manipular a los padres con sus lágrimas. Una madre me contó en cierta ocasión que su hija de tres años todavía duerme con los padres, porque "cuando la niña se queda sola en su cuarto llora, y la madre *tiene* que dormir con ella". Le dije a esa madre que los chantajes emocionales aumentan con el paso del tiempo y, si ella no pone límites claros, perderá el control.

Algunos "especialistas" afirman que no tenemos que imponer nuestros valores a los hijos; antes, debemos dejarlos libremente escoger lo que ellos juzguen mejor, porque en eso consiste la "libertad verdadera". Nada más equivocado. Es necesario dejar claro a los hijos los valores que juzgamos importantes para la vida. Si seguimos los principios cristianos enseñados por Jesús en los Evangelios, debemos transmitirlos a los hijos desde temprano, contándoles historias de la Biblia y teniendo momentos devocionales en familia. De igual forma, debemos contarles nuestras experiencias personales con Dios y los pequeños y grandes milagros que ha hecho a través en nuestra vida, pues eso influirá en las opciones que tendrán que hacer. Es importante reservar un tiempo especial para contarles historias bíblicas y orar con los hijos antes de dormir. Esta tarea no se puede delegada a terceros. Uno de los grandes errores de David fue conferir a terceros el cuidado del corazón de los hijos. Los padres son los líderes espirituales de la familia, y esto es un privilegio.

Es preciso que dejemos claro a los hijos los valores que tenemos sobre la sexualidad. Si no lo hacemos, ellos buscarán información y valores en el Internet, en los debates televisivos de los canales dirigidos al público adolescente y en las cartillas mal elaboradas y tendenciosas que recibirán en la escuela. La mejor forma para transmitir los valores relacionados con la sexualidad es la vida diaria. Cuando el marido trata a la esposa con ternura, respecto y afecto, diciendo y demostrando abiertamente que la ama, el hijo asocia la sexualidad con esos valores e incorpora una visión saludable del significado de una relación íntima, en donde el otro es tratado como *sujeto* y no como objeto.

Un elemento importante que contribuye al desastre familiar en la narrativa bíblica que hemos analizado es el silencio de David en lo referente a los hijos. Evitar el diálogo con el cónyuge y con los hijos es caminar a pasos agigantados hacia una tragedia. Por otra parte, los diálogos no tienen que ser superficiales, ni basados en reclamos, o sólo para saber las notas del colegio o el resultado del fútbol. Necesitamos desarrollar diálogos profundos sobre temas significativos, como los proyectos de vida, o los "antivalores" que ellos oyen en la convivencia con sus compañeros.

Los padres no deben tener miedo de mostrar sus emociones -- principalmente las positivas -- frente a los hijos durante los diálogos. Emocionarse es mostrarse humano, y los hijos consiguen aproximarse con más facilidad cuando perciben la humanidad de los padres. Desafortunadamente, algunos padres sólo muestran sus emociones en los momentos de cólera, haciendo prevalecer el tamaño físico y el timbre de la voz para gritar a los hijos e intimidarlos. Tal vez creen que los gritos ayudan a ser mejor escuchados por los hijos o, todavía peor, recurren a la fuerza física para demostrar ira e indignación.

Esta manera de expresar las emociones puede ser un veneno mortal para el vínculo entre padres e hijos, sobre todo en la adolescencia. En esta edad, tal reacción paterna genera amargura, pues el hijo se siente agredido. Además, hace que su corazón se distancie del corazón de los padres.

Es necesario disciplinar a los hijos siempre. Esto debe hacerse mirando a los ojos. Los ojos son la ventana del alma y, si los padres miraran al fondo de los ojos de ellos, verán un niño o el adolescente ingenuo, que necesita aprender a lidiar de forma saludable con el medio en el que está -- y no un monstruo que debe ser domado con gritos y bofetones.

Para prevenir la disgregación familiar, tomemos en serio cuando nuestros hijos se distancian. No seamos como David que, sabiendo el odio de Absalón por Amnón, nada hizo el respecto. Peleas entre hermanos siempre existirán, pero, cuando los padres no intervienen para promover el ajuste relacional, puede haber consecuencias irreparables. Un ejemplo es el caso de Esaú y Jacob, que tuvo como consecuencia la fuga de Jacob, por miedo a la cólera del hermano. Eso imposibilitó que Jacob enterrara a sus padres.

Si los hijos tienen una pelea seria, con agresiones físicas, los padres no pueden dejar que el tiempo pase. Es esencial buscar el acercamiento entre ellos inmediatamente. Contrario al dicho popular, en estos casos el tiempo no cura las heridas. El tiempo no ayudó a Absalón a olvidarse de lo que hizo Amnón a Tamar, sólo aumentó la amargura en su corazón. Si fuere necesario intervenir en una disputa entre los hijos, es importante no mostrar preferencia por uno de ellos, pues preferir al uno o al otro sólo contribuye a la ruina de la familia.

Otra actitud catastrófica para la familia es “tercerizar” la educación y el cuidado con los hijos. Como mencionamos ya, David primero delegó esta responsabilidad al abuelo de Absalón y, más adelante, al primo del joven, a Joab, mientras que el hijo clamaba por establecer un diálogo con el padre. Algunos hombres creen que la tarea es de la esposa, porque es ella la que pasa la mayor parte del tiempo con los hijos; otros, sólo

interfieren cuando encuentran que la esposa se equivoca -- y, lo que es peor, acostumbran decir esto delante de los hijos. Si el marido no concuerda con la esposa en ciertos principios de la educación de los hijos, debe sacar un tiempo específico para conversar con ella. Es necesario oírla e intentar llegar a un acuerdo -- y eso lejos de los oídos de los hijos. De preferencia, debe salir con ella a una caminata o a tomar un café a fin de conversar. En caso de que no se logre un acuerdo satisfactorio para ambos, es recomendable que busquen un consejero de confianza para mediar en el diálogo y ayudarles en la búsqueda de una solución.

El marido no debe buscar la ayuda de su madre o de su padre, para tenerlos como aliados en contra de la esposa y prevalecer contra ella. Esto sólo creará resentimientos de la esposa en contra de la suegra y alimentará el mito de que las suegras son "brujas". Permitir que los abuelos interfieran en la educación de los hijos es colaborar para la disgregación familiar, principalmente cuando los abuelos descalifican los orientaciones y las órdenes de los yernos o de las nueras. Los abuelos deben aconsejar solamente cuándo se les pide, y callar cuando no se les pide -- aunque estén inquietos de decir lo que les parece mal. Ellos ya cumplieron su misión cuando orientaron a sus hijos y deben confiar en que éstos seguirán los orientaciones que recibieron a lo largo de la vida, incluyendo la capacitación para educar a sus propios hijos.

El marido no tiene que imponer su punto de vista, creyendo que solamente el suyo es el verdadero. El hecho de actuar siempre de cierta forma en nuestras familias de origen no significa que esa sea la única forma posible. Lo que la esposa aprendió en su propia familia puede ser tan verdadero y eficiente como la percepción que tiene el marido de la realidad.

Tengamos cuidado con el mito de la verdad absoluta. Puede llevarnos a nunca admitir, delante de los hijos, que nos equivocamos. El desastre, en muchas familias cristianas, entra para la puerta de la pretendida infalibilidad. Si nunca reconocemos nuestros errores delante de los hijos, nunca pediremos perdón y, por lo tanto, ellos tampoco aprenderán la importancia de reconocer sus errores y pedir perdón -- a otros o a Dios. Admitir ante un hijo que hemos fallado es humillante; algunos creen que humillarse es señal de debilidad y eso no debemos mostrar delante de los hijos. Realmente es difícil y, a veces, vergonzoso reconocer que fallamos y todavía pedir perdón por el error. Es necesario ser fuerte para poder hacer eso. La Biblia afirma que, cuando nos humillamos, Dios, a su tiempo, nos exalta.

En cierta ocasión, aconsejaba a una familia cuyo padre tenía conflictos con su hijo adolescente. El padre afirmó para el hijo:

— Tú no puedes incurrir en una equivocación. ¡Necesitas ser el mejor, porque si tú no eres el mejor, no eres nada!

Me quedé con pena de ese adolescente, porque no tenía salida. Al final, él sabia que cometía fallas y, por lo tanto, estaba "condenado" a ser nada. El padre, aún con buenas intenciones, estaba destruyendo el autoestima del hijo. Pero, gracias a Dios, con la continuidad del asesoramiento, el padre reconoció que también él fallaba y pidió perdón al hijo. Esta actitud estimuló al hijo desear hacer bien las cosas, pues consiguió ver la alternativa del arrepentimiento y del perdón en caso que errara.

Una alerta final para prevenir que el desastre llegue a nuestras familias es estar atentos a las necesidades de contacto físico de nuestros hijos. David le dio un beso a Absalón y pensó que con eso resolvería -- sin diálogo, ni clarificación, ni resolución -- un problema que se venía arrastrado por más de siete años. Al evitar el contacto físico/ afectivo tierno y cariñoso con los hijos, creamos un abismo emocional entre nosotros y ellos, que al correr del tiempo pueden tornarse insuperable.

Algunos hombres evitan el contacto físico con el hijo, especialmente en la adolescencia, por creer que abrazar y besar al hijo puede hacerlo "menos varón". Otros evitan el contacto físico con las hijas, por temor a que genere "algo" incontrolable en la sexualidad de él y de ellas. Al pensar así – lo cual es habitual en nuestra cultura -- los padres crean una distancia emocional con los hijos y los empujan hacia los brazos de personas que, en la mayoría de las veces, quieren usarlos sólo como objetos para la realización de sus perversiones. Por lo tanto, es necesario darles una palmada en la espalda, abrazarles, besarles, mantenerse próximos a ellos y demostrarles afecto por medio del contacto físico. Esto protege a familia de encontrarse con desastres en los abismos emocionales.

Una amiga que vivió en Francia me contó que en ese el país los padres han sido instruidos a no poner a los niños en el regazo. Esto contribuye, según los especialistas, a promover la independencia precoz de los hijos en relación a los padres. La medida es también "preventiva", pues evita el abuso sexual dentro de la familia. El salmista tenía razón al decir: "Un abismo llama a otro abismo" (Sal. 42.7). En la tentativa de "corregir" un problema causado por la desintegración familiar, los pretendidos científicos ayudan a promover más desintegración. El verdadero afecto entre padres e hijos nunca es sexualizado, ni promueve dependencia; antes bien, genera confianza, una saludable autoestima y la seguridad para enfrentar la vida, para encontrar un cónyuge y para disfrutar de una sexualidad saludable.

Hay actitudes que ayudan a prevenir los desastres familiares. Sin embargo, con todo el esfuerzo, es necesario recordar que los padres no somos infalibles y que debemos humildemente, delante de Dios y algunas veces delante de los hijos, reconocer que nos equivocamos y pedir perdón por los errores. Pero hay algo por encima de cualquier elemento esencial en el curso del cuidado y la educación de los hijos: es la oración. Oremos todos los días, preferiblemente juntos, como pareja y como padres, pediendo que Dios los guarda del mal -- incluyendo del mal que les causamos con nuestras actitudes y nuestras enseñanzas equivocadas – y que nos dé la sabiduría para enfrentar cada situación específica en la gloriosa tarea que nos dio de "criar a los hijos en disciplina y amonestación del Señor" (Ef. 6.4).

Notas

Capítulo 1

1. MALDONADO, Jorge. Ponencia en: II SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE EL MODELO SISTÊMICO LA PSICOTERAPIA FAMILIAR, Y EL ASESORAMENTO PASTORAL. Bogotá, 1984.
2. Para más detalles sobre la teoría de sistemas, ver FRIESEN, Albert, GRZYBOWSKI, Carlos Tadeu e OLIVEIRA, Roseli M. K. *De Bênçãos e Traições*. Curitiba: Esperança; Viçosa: Ultimato, 1996. cap. 1.
3. FRIEDMAN, Edwin H. *Generación a Generación*; el proceso de las familias en la iglesia y la sinagoga. Trad. Carolyn Kerr e Anne Crandell de Garrido. Buenos Aires: Nueva Creación, 1996. p. 18-19.

Capítulo 2

1. MALDONADO, Jorge. Funciones de la família en América Latina. En: MALDONADO, Jorge, edit. *A Família na América Latina Hoje*. Trad. Carlos Tadeu Grzybowski e Ana Valéria Kreuzer. Programa de Treinamento e Certificação de Assessores Familiares. EIRENE INTERNACIONAL – EIRENE DO BRASIL, 1992.
2. BATESON, Gregory. *Metadiálogos*. 3 ed. Trad. Carlos Henrique de Jesus. Lisboa: Gradiva Publicações, 1996. p. 71.
3. MALDONADO, Jorge. *Até nas Melhores Famílias*. Trad. Ann Mary Fighiera Perpétuo. Petrópolis, RJ: Vozes, 1995.
4. MCGOLDRICK, Monica y GERSON, Randy. *Genogramas en la Evaluación Familiar*. Trad. Claudia R. Ferrari. Barcelona: Editorial Gedisa, 1985.
5. ARAÚJO FILHO, Caio Fábio. *O Drama de Absalão*. Niterói, RJ: Vinde, 1995. p. 14.

Capítulo 3

1. MINUCHIN, Salvador, NICHOLS, Michael P., LEE, Wai-Yung. *Famílias e Casais*; do sintoma ao sistema. Trad. Jorge Dellamora Mello. Porto Alegre: Artmed, 2009. p. 36.

Capítulo 4

1. HERNANDÉZ, Carlos J. Alcançar a paz através do perdão. 1998. (Texto no publicado.)
2. HERNANDÉZ, Carlos J. Acerca del confesar y de la vida cotidiana. 2004. (Texto no publicado.)

Capítulo 6

1. BRENSON, Gilberto L. Destrezaas de la intimidad. En: MALDONADO, Jorge, editor. *Comunicação Conjugal e Familiar*. Apostila do Programa de Treinamento de Assessores Familiares. EIRENE DO BRASIL, 1989. p. 99.

Capítulo 7

1. BERGMAN, Joel. *Pescando Barracudas*; a pragmática da terapia sistêmica breve. Trad. Maria Adriana Veríssimo Veronese. Porto Alegre: Artes Médicas, 1996. p. 103.

Referencias

1. ARAÚJO FILHO, Caio Fábio. *O Drama de Absalão*. Niterói, RJ: Vinde, 1995.
2. CAPRA, Fritjof. *A Teia da Vida*; uma nova compreensão dos sistemas vivos. Trad. Newton Roberval Eichemberg. São Paulo: Cultrix, 1996.
3. FRIESEN, Albert, GRZYBOWSKI, Carlos Tadeu, OLIVEIRA, Roseli M K. *De Bênçãos e Traições*. Curitiba: Esperança; Viçosa: Ultimato, 2006.
4. GRZYBOWSKI, Carlos Tadeu. *Como se Livrar de Um Mau Casamento*. Viçosa: Ultimato, 2004.
5. HERNANDÉZ, Carlos J. O Casal e a Sexualidade. In: CURSO DE 6. ESPECIALIZAÇÃO EM TERAPIA FAMILIAR SISTÊMICA, EIRENE. Faculdade Luterana de Teologia, Curitiba, jul. de 2005.
6. HOFFMANN, J. P. Exploring the direct an indirect family effects on adolescent drug use. *Journal of Drug Issues*, 1993, p. 535-557.
7. MALDONADO, Jorge. *Até nas Melhores Famílias*. Trad. Ann Mary Fighiera Perpétuo. Petrópolis, RJ: Vozes, 1995.
8. RUESCH, Jürgen. *Comunicación*; la matriz social de la psiquiatría. Buenos Aires: Paidós, 1984.
9. RUTTER apud SILVA, Maria Delfina Farias Dias Tavares da et al. Adversidade familiar e problemas comportamentais entre adolescentes infratores e não-infratores. *Psicologia em Estudo*, Maringá, v. 13, n. 4, p. 72, out.-dez. 2008.

Hoja de Trabajo 7
Padre santo… hijos no tanto

Nombre: _____ Lugar: _____ Fecha: _____

1. Las tres cosas más importantes que aprendí de esta lectura:

2. Lo que NO sabía de la familia de David

3. Temas que puedo/debo enseñar/predicar en mi iglesia que se desprenden de la lectura

Entregue esta hoja al profesor.